

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

**NO MOLESTEN
AL TIGRE**

**Lou
Carrigan**



Hacía ya tiempo que Clifford Overman había dejado de complicarse la vida, así que no se preocupó en absoluto cuando vio detenerse el negro automóvil frente a las verjas de su pequeña villa en Cap Ferrat, en la Costa Azul francesa.

Sin embargo, después de tantos años de espionaje siempre queda algo, lo que comúnmente se llama deformación profesional, que hace ver fantasmas en todas partes, y, quizá por eso, Overman continuó mirando hacia el automóvil mientras simulaba continuar leyendo el libro que tenía en las manos, bien acomodado en una extensible colocada a la sombra de una de las hermosas mimosas de su pequeño jardín.

Objetivamente hablando, valió la pena. Una mujer alta, rubia, de cuerpo espléndido, y juvenil atuendo acorde con la incipiente primavera, fue la primera en apearse del automóvil. Enseguida lo hicieron tres hombres, uno de los cuales intentó, sin conseguirlo, llegar a tiempo de abrirle la portezuela a la rubia.



Lou Carrigan

No molesten al tigre

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1709

ePub r1.1

Lds 28.02.19

Título original: *No molesten al tigre*

Lou Carrigan, 1983

Cubierta: Bernal

ePub modelo

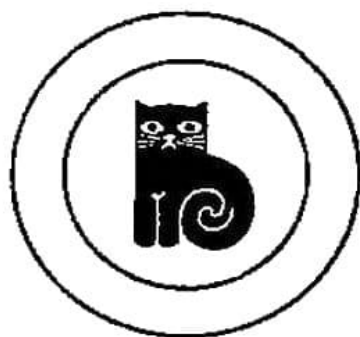
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Hacía ya tiempo que Clifford Overman había dejado de complicarse la vida, así que no se preocupó en absoluto cuando vio detenerse el negro automóvil frente a las verjas de su pequeña villa en Cap Ferrat, en la Costa Azul francesa.

Sin embargo, después de tantos años de espionaje siempre queda algo, lo que comúnmente se llama deformación profesional, que hace ver fantasmas en todas partes, y, quizá por eso, Overman continuó mirando hacia el automóvil mientras simulaba continuar leyendo el libro que tenía en las manos, bien acomodado en una extensible colocada a la sombra de una de las hermosas mimosas de su pequeño jardín.

Objetivamente hablando, valió la pena. Una mujer alta, rubia, de cuerpo espléndido, y juvenil atuendo acorde con la incipiente primavera, fue la primera en apearse del automóvil. Enseguida lo hicieron tres hombres, uno de los cuales intentó, sin conseguirlo, llegar a tiempo de abrirle la portezuela a la rubia.

Cliff Overman dejó de sentirse indiferente al ver a los tres hombres. Pareció que seguía indiferente, pero ya no lo estaba. Conocía el tipo de sujetos que, ahora, estaban junto a la rubia. Los cuatro miraban hacia la casa, es decir, concretamente hacia él, a través de las verjas. La mujer hizo un gesto, y se adelantó sola, al caminar, su hermosa cabellera rubia se agitaba suavemente, con una ondulación sugestiva que permitía ver sus pequeñas y sonrosadas orejas. Tenía los ojos verdosos, y la boca, redonda y llena, de un tono rosa encendido. Una maravilla de mujer.

Esta maravilla de mujer asió la cadenita, tiró de ella, y sonó la campanilla. Clifford Overman alzó entonces la cabeza, como si hasta entonces no se hubiese enterado de nada. La mirada de la

rubia y la suya parecieron conectarse. Ella sonrió. Su voz suave cubrió nítidamente la distancia de unos quince metros que le separaban de Clifford:

—¿Señor Overman? —preguntó.

Clifford asintió, se puso en pie, y se acercó a las verjas, con el libro en una mano. Se detuvo ante la muchacha, que le contemplaba con simpática sonrisa. Era un bombón, una preciosidad.

—Sí, soy Overman —dijo Clifford, en francés—. ¿Qué desea?

—¿Podemos conversar unos minutos, señor Overman? Aunque no aquí, claro está, sino en la casa.

Cliff dirigió una lenta mirada a los tres sujetos que esperaban, inmóviles como si fuesen de piedra, junto al automóvil. Luego, regresó su oscura e inexpresiva mirada a la rubia, que a su vez lo miraba fijamente, sin lograr contener del todo una cierta expresión de admiración y cautela. Tal vez, realmente, se sentía impresionada por Cliff Overman; éste medía metro ochenta y cinco, era delgado, pero de anchos hombros, todo músculo, ese músculo fino y plano que engaña a los tontos, que no saben valorar su dureza de acero. Con todo, lo más notable de Cliff Overman era, ciertamente, su rostro, bronceado y anguloso, viril, de recia barbilla y boca fina y hermética como un cepo.

—¿Va a entrar usted sola? —preguntó.

—En la casa, sí, pero si no le importa mis amigos me esperarán en el jardín. Tiene usted un jardín encantador. Pequeño, pero encantador. La casa también es pequeña aunque la imagino confortable y muy..., adecuada para usted, aunque tal vez la

C. I. A.

debió recompensar con más generosidad sus largos y fructíferos servicios. Sí, creo que usted se merece algo más.

La muchacha hablaba en francés, y lo hacía muy bien, pero Cliff dijo:

—Usted es rusa.

—Tal vez —sonrió ella—. ¿Me permite pasar?

Cliff decidió no alargar más la situación, abrió la verja, y la muchacha entró, dirigiéndose enseguida hacia la casa por el sendero flanqueado de arbustos de flores. Los tres hombres entraron también, y Clifford cerró las verjas. Miró a los desconocidos, y dijo:

—No toquen mis flores. ¿Entienden?

Desentendiéndose de ellos, se fue en pos de la rubia. Ésta se volvió en el porche, vio el azul del cercano mar, y miró expectante a Clifford Overman, el ex-espía americano.

—Me sorprende que permanezca usted en Europa después de su retirada, señor Overman. ¿No le gusta su país?

—Cualquier día regresaré —encogió los hombros Cliff.

—Debería hacerlo pronto, en mi opinión: su madre ya va siendo demasiado mayor para permanecer sola.

La mirada de Cliff pareció petrificarse. O eso le pareció a la rubia visitante, quien durante unos segundos tuvo la sensación de estar contemplando dos piedras negras, sin el menor vestigio de expresión humana. Por fin, Cliff asintió con un gesto, abrió la puerta, y cedió el paso a la muchacha. Entraron en el saloncito, desde cuyo ventanal también se veía el mar, y Cliff señaló uno de los sillones. La rubia se sentó, él lo hizo en otro dándole frente, la miró como con nueva atención, y asintió de nuevo.

—Muy bien: ¿quién es usted y qué quiere?

—Me llamo Danielle Vernier, y quiero encargarle el asesinato de una persona.

—En primer lugar, usted no puede llamarse como dice, puesto que es rusa. Y en segundo lugar se ha equivocado de hombre si busca un asesino. Debió informarse mejor sobre mí, señorita... Vernier.

—Sé lo suficiente de usted —murmuró ella—. Y puedo decirle que, fatalmente, usted se va a convertir en un asesino. Será un asesino si mata a la persona que le indicaré, y será un asesino si no la mata.

—¿El asesino de mi propia madre? —susurró Cliff.

—Es usted muy perceptivo. Sí, unos amigos nuestros están... como invitados en casa de su madre. Si usted no sigue mis instrucciones, señor Overman, su madre fallecerá..., por culpa de usted.

—Pero a manos de sus amigos.

—Me temo que sí. En cualquier caso, creo que a usted no le gustaría que eso ocurriera, y se sentiría culpable de ello. ¿Me equivoco?

Cliff señaló el teléfono.

—¿Le importa que llame a Estados Unidos?

—En absoluto. Y espero que las conexiones automáticas funcionen bien.

Cliff se puso en pie, se acercó al teléfono, descolgó el auricular, y marcó el prefijo norteamericano y acto seguido el resto de los dígitos. La comunicación se estableció rápidamente.

—¿...?

—Mamá, soy Cliff. ¿Cómo estás?

—...

—Me alegro mucho. Tengo entendido que hay invitados en casa.

—...

—Bien. No te preocupes por nada, y si ellos te hacen alguna sugerencia acéptala. ¿Cómo está el viejo *Marvin*?

—...

—Lo siento. Voy a terminar de arreglar unas cosas aquí y volveré a casa, dentro de unos pocos días. Cuídate mucho. Y cuida al viejo *Marvin*: me gustaría que nos volviésemos a ver antes de que muera.

—...

—Sí, adiós, mamá. Besos.

Cliff colgó el auricular, volvió a sentarse en el sillón, y encendió un cigarrillo.

—¿Quién es *Marvin*? —preguntó Danielle Vernier.

—Mi perro —la miró Cliff—. ¿A quién tengo que matar?

—A un hombre llamado Revaz Chevorenko. ¿Le suena el nombre?

—Sólo me dice que es ruso. Como usted. ¿Por qué tengo que matarlo?

—Eso no es cuenta suya, señor Overman.

—Eso me parecía, de acuerdo: dígame dónde está ese ruso y lo mataré.

—Calma, cálmese.

—Estoy perfectamente calmado —la miró con fría ironía Clifford—, aunque, como usted ya debe saber, me retiré hace un tiempo de esta clase de actividades no tengo inconveniente alguno en despachar a un ruso.

—Cuando lo haya hecho mis amigos se despedirán de su madre, dejándola tan saludable como la han encontrado.

—Será mejor para todos que ocurra así —dijo suavemente Cliff.

—Entiendo. El viejo tigre podría afilar sus garras, ¿no es eso?

—¿Le parezco viejo? —Frunció el ceño Clifford.

—Era un modo de hablar. Sé que tiene usted treinta y cuatro años. Un tigre de esa edad es viejo, ¿no le parece? Pero no un hombre. Sin embargo, usted se retiró. ¿Por qué, señor Overman? Todavía podía haber hecho muchísimas cosas útiles para la C. I. A.

—Simplemente, estaba cansado de esa clase de vida, y decidí invertir mis otros probables treinta y cuatro años en algo que me satisficiera. Me dedico a pintar y a escribir, y eso me satisface.

—¿Eso es todo?

—Espero encontrar un empleo interesante a mi regreso a Estados Unidos, pero de momento no tengo prisa. Creo que me gané un largo descanso... que ustedes han venido a interrumpir.

—Exigencias del trabajo —sonrió Danielle—. Estoy segura de que, en el fondo, usted se hace cargo, señor Overman.

—Por supuesto. Ustedes tienen unos planes, yo encajo en ellos, y por lo tanto han buscado el modo de conseguir mi colaboración. No vamos a hablar de las exigencias del espionaje, ¿verdad? Es un tema viejo y aburrido. Dígame una cosa: ¿se va a quedar como invitada en mi casa?

—No. Esta misma noche partiremos hacia París, en avión. Tengo ya los pasajes. Salimos a las veinte y veinte.

—En ese caso, tengo tiempo de sobras para hacer mi equipaje. ¿Debo llevar algo especial, o ustedes me lo facilitarán todo?

—Nosotros le facilitaremos todo lo que sea necesario para su trabajo. Por lo demás, lleve usted su equipaje habitual. Todo normal, ¿comprende? A todos los efectos, usted va a París a pasar unos días, eso es todo. Pero, como usted bien ha dicho, tenemos tiempo de sobras para el equipaje. Sigamos, pues, hablando de su trabajo. Ésta es una fotografía de Revaz Chevorenko.

Danielle tendió a Clifford la foto que había sacado de su bolsito de mano, y el ex espía la tomó y la miró, con indiferencia. Revaz Chevorenko era un hombre difícil de confundir, de facciones muy acusadas y características, sólidas. Parecía tener unos cincuenta años. Mirando sus oscuros ojos, Cliff pensó que Chevorenko era un hombre muy inteligente.

—Visto —devolvió la foto—. ¿Ha llegado ya a París o tendremos que esperarlo?

—Creemos que ya está en París, pero no sabemos dónde. La C. I. A.

lo tiene escondido.

Clifford Overman entornó los alargados párpados.

—¿De modo que tengo que matar a un hombre que no sabemos dónde está? Eso será muy complicado, señorita Vernier.

—No para usted —sonrió ella—. Por eso ha sido elegido tan cuidadosamente. Nos consta que dejó usted muchísimos amigos en la

C. I. A.,

y que se le respeta mucho.

—Y yo debo utilizar esos amigos y el respeto que sienten por mí para sonsacarles dónde tienen a Chevorenko y quitárselo de las manos matándolo.

—Es una sucia jugada, pero así ocurre a veces —sonrió Danielle—. De todos modos, estoy segura de que usted se las arreglará para engañar bien a sus ex compañeros, localizar a Chevorenko, matarlo, y que en ningún momento se sospeche de usted.

—No me pareció que fuese usted tan idiota —frunció el ceño Cliff—. ¿De verdad cree que La

C. I. A.

no sospechará de mí?

—Usted verá cómo se las arregla. Nosotros queremos que encuentre a Chevorenko, que lo mate..., y fin del asunto. Lo demás arréglolo cómo pueda. Vamos, no se las dé mártir: hemos quedado en que el tigre no está viejo, ¿verdad? Pues demuéstrelo.

—Acláreme una cosa. ¿Chevorenko está con la

C. I. A.

porque ha sido capturado o porque él se ha pasado a los americanos?

—Es un maldito traidor —dijo fríamente Danielle.

—Ya, de modo que se pasó a los americanos. En ese caso, no creo que les sirva a ustedes de nada que yo le mate. Ya que se ha puesto voluntariamente en contacto con la

C. I. A.

es obvio que a estas alturas, mientras ustedes lo buscan,

Chevorenko ya ha dicho todo lo que tenía que decir. ¿De qué servirá matarlo?

—Queremos que muera, así de sencillo.

—Pues no va a ser tan sencillo —gruñó Cliff—. En fin, Chevorenkos hay muchos, y en cambio, como suele decirse, madre no hay más que una...

—En lo sucesivo, no mencionaremos a su madre, señor Overman. Se le ha asignado un nombre clave, y lo utilizaremos, bien entendido que sólo hablaremos de ella cuando sea estrictamente necesario.

—Me parece bien. ¿Qué nombre clave tiene mi madre?

—María.

—María —pareció pasmarse Cliff—. ¡Pero ella no se llama Mary!

—Precisamente por eso. No le dé más vueltas: ella es María, y recuerde que no debemos mencionarla salvo casos excepcionales. Pero, señor Overman, la mencionemos o no, recuerde que ella existe... por el momento. Cualquier cosa que usted...

—Guárdese sus amenazas; ya he entendido la situación, ¿sabe?

—Espléndido. Tenga —le tendió un objeto que sacó también del bolsito—, deberá llevar esto siempre encima. No necesito explicarle que es una radio de bolsillo.

—¿Es para comunicarnos usted y yo?

—No como usted piensa, ya que no nos separaremos nunca, señor Overman. La radio es para ser utilizada sólo en los breves momentos en que forzosamente deba separarse de mí: en esas ocasiones establecerá usted contacto conmigo, disimuladamente, a fin de que yo oiga todo lo que usted hable con otras personas. Si en cualquier momento no hace eso lo interpretaré muy mal.

—Claro. ¿Debo entender que cuando yo hable con alguien usted nos estará viendo..., y oyendo merced a la radio?

—Así es. Y si no le veo yo, le verá alguien. En cuanto a lo que diga, siempre le oiremos. Señor Overman: sería muy desagradable que usted se «olvidase» de poner en marcha la radio cuando haga contacto con sus ex compañeros. Queremos oírlo todo, y tenerlo siempre a la vista.

—¿Para dormir también?

—También. Yo dormiré con usted.

—Eso entraña un cierto riesgo de que las cosas se compliquen,

¿no le parece? —Casi sonrió Clifford.

—Tal vez para usted, no para mí —respondió fríamente Danielle—. Si además de los malos ratos que le esperan comete la tontería de enamorarse de mí, peor para usted. Y en cuanto a lo de que usted y yo juguemos al sexo por el sexo, olvídelo. ¿Está esto bien claro?

—No del todo. Me gustaría saber si es usted frígida.

—No, no lo soy en absoluto. Pero para usted como si lo fuese.

—Ya. Bueno, creo que debo ocuparme de mi equipaje, así que dígame qué hacemos: ¿viene usted conmigo, conecto la radio...?

—Iré con usted por toda la casa. No creo que se olvide usted de la situación de María, pero siempre hay locos e imprudentes de toda clase.

—Sí, eso es cierto —la miró apaciblemente Overman—: algunos, incluso desdeñan el cartelito que hay en los zoológicos y que dice: «No molesten al tigre».

Se quedaron mirándose unos segundos. Por fin. Cliff frunció el ceño de nuevo, y señaló la puerta.

—Vamos a por ese equipaje.

Alrededor de media hora más tarde, Clifford Overman tenía preparada una maleta con ropa. La cerró, asió el maletín tipo neceser, y dijo:

—Vamos al cuarto de baño.

Aquí, colocó el maletín sobre el lavabo, y comenzó a meter dentro los útiles de aseo. Fue abriendo y cerrando armaritos, pareció conforme por fin, y de pronto chascó los dedos, abrió otro armarito, y sacó un frasco con tabletas analgésicas y un estuche de aluminio con varias grageas.

—¿Qué es eso? —se sorprendió Danielle—. ¿Se medica usted?

—No. Son sólo variantes de aspirina y pastillas digestivas. Por cierto, que si no le importa voy a tomar una de éstas.

—¿Tiene molestias estomacales?

—Sólo cuando me disgusta —la miró hoscamente Cliff, reventando la funda de una gragea—, o cuando he tomado antes un analgésico: tengo un estómago muy sensible.

—Me parece que entiendo —sonrió Danielle—... ¡De modo que es por eso que dejó la

C. I. A.!

Demasiada tensión, dolores de cabeza, tensiones abdominales que le producían gastritis y cosas así... ¿Tal vez se le produjo la úlcera, señor Overman?

—Escuche —dijo gélidamente Cliff, mirándola con fijeza—: yo me voy con ustedes a París, les buscaré a Chevorenko, le daré el pasaporte definitivo, y haré en general todo lo que quieran, puesto que me tienen controlado como un robot. Hasta aquí, de acuerdo, no tengo más remedio que aceptarlo. Pero no se meta conmigo en lo personal, ¿está claro?

Si tengo una úlcera es mía, y a usted le importa un huevo cómo la adquiriré. Se lo advierto seriamente: no me fastidie, rusa.

Danielle Vernier parpadeó, y no replicó. Cliff hizo un gesto de asentimiento, soltó un gruñido, se metió la gragea digestiva en la boca, y la tragó con un poco de agua. Cerró el maletín, echó un último vistazo en torno, y miró malignamente a la impresionada Danielle.

—Listo para el viaje, colega. Cuando usted quiera.

—A partir de ahora —susurró Danielle—, nos tutearemos. Yo soy Danielle y tú eres Clifford, ¿de acuerdo?

—Mejor será que me llames Cliff —movió una ceja éste—: es así cómo me llaman los buenos amigos.

CAPÍTULO II

Clifford Overman y Danielle Vernier estaban sentados ante una mesita de una terraza de café en los Campos Elíseos cuando en dirección procedente del Arco de Triunfo apareció el sujeto de los lentes.

—Ahí lo tenemos —murmuró Clifford.

—¿Cuál? —preguntó rápidamente la bella Danielle—. ¿El de las gafas de cristales redondos?

—Sí. Ya te dije que aparecería por aquí.

—Lo dijiste —le miró divertida ella—, pero ayer no apareció, y estuvimos perdiendo el tiempo.

—Es uno de los gajes de nuestro oficio —encogió los hombros Clifford—. Pero en fin, ahí lo tienes.

Danielle volvió a mirar al sujeto de las gafas, Parecía tener poco más de cincuenta años, tenía el rostro redondo y gordito y era considerablemente rechoncho considerando su estatura mediana. Sus cabellos eran largos y grises, y llevaba un denso bigote de grandes guías caídas que le conferían un aspecto decididamente tristón. Pese a que la tarde primaveral era soleada y lo bastante tibia para poder permanecer en la terraza, llevaba paraguas. Un pesimista, pensó Danielle.

El hombre llegó ante una mesita, se sentó, dejó el paraguas en la silla contigua, y miró hacia la puerta de entrada al café, evidentemente en busca del camarero. Entonces, vio a Clifford Overman. Danielle, que le miraba atentamente, vio en sus ojos el chispazo de alegre sorpresa, que duró menos de un segundo. En el acto, Danielle desvió la mirada, porque comprendió que a continuación el hombre de las gafas la miraría a ella. Y así fue, pero cuando Danielle volvió a mirar al sujeto éste había reanudado su

búsqueda del camarero.

—Nos ha visto —murmuró Cliff Overman.

—Ya me he dado cuenta. Pero supongo que debe ser muy discreto.

—Por supuesto. Puedes estar segura de que no será él quien inicie el acercamiento, al verme acompañado. Bob Granger ha sido siempre muy discreto.

—Esperemos que no lo sea tanto que te niegue toda información.

—Me la negará. Siempre nos entendimos bien, pero en el supuesto de que yo fuese tan necio de interrogarlo a él, que se daría cuenta, me negaría cualquier información. Sabe perfectamente que estoy fuera del juego.

—Pues a ver cómo te las arreglas, ya que te falló la otra persona, esa Lucy Connors.

—Lucy debe estar fuera de París —reflexionó Cliff—. Y casi es mejor así, pues aunque me..., apreciaba mucho no quedamos como excelentes amigos. Y si me viese contigo sería peor.

—¿Te acostaste con ella? —sonrió Danielle.

—Alguna que otra vez.

—Y es celosa, claro.

—Olvidemos a Lucy —volvió a encoger los hombros Clifford—. Bien, ¿hago contacto con Bob o seguimos charlando?

Danielle volvió a mirar al tal Bob Granger, que había conseguido el servicio de un camarero, y ahora estaba encendiendo un cigarrillo. Tenía las manos muy cuidadas, finas. Su expresión mostraba una cierta candidez, que ciertamente no iba a engañar a Danielle. Le pareció que era un hombre en cierto modo atractivo, pero quizá un tanto estafalario. En cuanto a su capacidad como agente secreto, a Danielle ni siquiera se le ocurrió dudarla, pues sabía muy bien que la

C. I. A.

no tenía inútiles en París.

—De acuerdo, ve a por él —musitó—. Y no te olvides de conectar la radio.

Clifford asintió, metió la mano hacia el bolsillo interior de la chaqueta, y apretó el botón que abría la comunicación. Danielle tenía al lado una radio a transistores con auriculares, muy a *la page*,

y cuando la puso en marcha no escuchó música, sino el rumor de los Campos Elíseos. Perfecto, además de estar viendo a Overman y Granger podría oír perfectamente todo cuanto hablasen.

Cliff se había puesto en pie, y tras hacerle un gesto como de disculpa, al que ella correspondió con una sonrisa, se dirigió hacia la mesa ocupada por Robert Granger, que parecía abstraído mirando la circulación.

—¿Bob?

Granger le miró, despacio, y esbozó una leve sonrisa. Su mirada fue un instante hacia Danielle, y de nuevo a Cliff Overman, que sonrió irónicamente.

—Espero que no hayas olvidado al viejo Cliff, Bob.

—Claro que no —sonrió Granger—, pero no sabía si podía saludarte.

—Claro —Cliff agarró otra silla y se sentó frente a Granger—. Pero no hay cuidado. Ella no sabe nada. Le he dicho que eres un antiguo amigo, eso es todo.

—Naturalmente —Granger tenía una voz fina, pausada, casi delicada, que debía estar sorprendiendo no poco a Danielle—. ¿Y qué es ella?

—Bueno —casi rió Overman—, una chica bonita, ¿no? La conocí en la Costa Azul, hemos intimado un poco, y nos pareció venir unos cuantos días a París. ¿Qué tal? ¿Cómo estás?

—Psé. Voy tirando. Como siempre.

—¿Os las vais arreglando sin mí?

—Hacemos lo que podemos. ¿Y tú? ¿A qué te dedicas ahora?

—Leo, pinto, escribo, escucho música... La buena vida.

—Ya lo creo. Y según parece a tu amiga también le gusta la música.

—Bastante. Bueno, bueno... ¿Y qué? ¿Cómo está todo?

—Ya sabes. Rutina.

—Sí, ya sé, de todos modos, en París no siempre es todo rutina.

—Casi siempre.

—Ya, ah, oye, ¿qué sabes de Lucy?

—¿Qué Lucy?

—Vamos, Bob —sonrió como de mala gana Clifford—, sabes muy bien a qué Lucy me refiero: Lucy Connors.

—Oh, esa Lucy... Sí, claro. Ella está bien.

—La estuve llamando a su apartamento, y no contestó. Me pasé casi todo el día de ayer llamando.

—Ha cambiado de domicilio.

—Vaya... ¿Dónde vive ahora?

Bob Granger dirigió una mirada a Danielle Vernier, y miró de nuevo a Cliff con sus azules ojos chispeantes.

—¿De verdad te interesa Lucy? Dadas las circunstancias, se podría pensar que la has olvidado completamente.

—Yo nunca olvido a los amigos, Bob. Y la prueba la tienes en que he venido a saludarte a ti.

—Pero yo no soy Lucy —sonrió Granger—. Bueno, todo eso es cosa vuestra, a mí no me gusta meterme en las vidas ajenas. Pero no entiendo por qué te interesas por Lucy si ya estás bien acompañado. ¿Quién es ella?

—¿La rubia? Una amiga, ya te lo he dicho. Se llama Danielle.

—¿Vive en París?

—No, no. Los dos estamos aquí solo unos días, en un hotel.

—¿Quieres decir que es algo serio?

—Claro que no. Es decir, podría llegar a serlo, pero no creo. Son cosas que pasan. Y me aburría cuidando flores.

—Es comprensible. Incluso lo bello cansa. Y la vida tranquila puede llegar a ser de un aburrimiento mortal. ¿Quizás estás pensando en volver, Cliff?

—No. Bueno, ¿qué me dices de Lucy?

—Ya te he dicho que ella está bien.

—Pero debe seguir enfadada conmigo.

—No se lo he preguntado, pero no me sorprendería. Y si la llamas y le dices que has venido a París con una amiga, no creo que se vuelva loca de alegría.

—Sólo se trata de decirle que la recuerdo con... mucho afecto —musitó Overman.

Bob Granger le miraba fijamente, asintió con un gesto, y preguntó:

—¿En qué hotel estás?

—En el Majestic.

—Ah, sí. Muy discreto y agradable.

—Me gustaría invitarte a cenar, Bob —sonrió Clifford—, pero ya ves que estoy acompañado.

—Otra vez será, no te preocupes. La vida es larga.

—No siempre —frunció el ceño Cliff—. No en nuestra profesión, al menos.

—Eso es cierto. Pero, bueno, tampoco hay que exagerar. Tú y yo sabemos que la realidad del espionaje no tiene nada que ver con las películas.

—De todos modos, en cualquier momento nos pueden meter un balazo en las tripas —movió la cabeza Clifford—. Bien, espero que eso no ocurra contigo y que volvamos a vernos pronto, Bob.

—¿Por qué no? —se sorprendió Granger.

—Bueno, a veces surgen problemas inesperados, cosas que nos pueden complicar mucho la vida... ¿Todo está bien en París?

—Ningún problema. París es una balsa de aceite.

—Pues me alegro —Cliff se puso en pie y tendió la mano a Granger—. Me alegro mucho de este encuentro, Bob. Saluda a los compañeros.

—Lo haré. Yo también me alegro de haberte visto, Cliff.

Éste asintió, hizo un gesto de despedida y regresó a su mesa donde la bella Danielle seguía, al parecer, escuchando música. Todavía simuló estar haciéndolo un par de minutos antes de cerrar el aparato y quitarse los auriculares.

—¿Por qué les has dicho en qué hotel estamos? —preguntó fríamente.

—Porque si Bob tiene algo que decirme quiero que sepa dónde encontrarme.

—¿Decirte? ¡Jamás vi a nadie tan desconfiado con un compañero!

—Ex compañero —puntualizó Overman—. Y ya te dije que era un hueso duro de roer. Ya has oído: París es una balsa de aceite.

—Sé que ellos tienen a Chevorenko, y que...

—Ten cuidado con lo que hablas —gruñó Cliff—: Bob sabe leer las palabras por el movimiento de los labios. ¿Te estaba mirando mientras hablabas?

—No lo sé —palideció Danielle—. Yo no le miraba a él.

—Pues ten cuidado, porque si te ve pronunciar el nombre de Chevorenko lo leerá en tus labios como si lo escribieses en una pizarra y en letras mayúsculas. Y luego dirías que yo te he traicionado.

—No creo que me haya visto.

—Felicidades, entonces. ¿Tienen a Chevorenko? Me pregunto por qué habrían de retenerlo en París. Lo normal es enviarlos rápidamente a la central en Langley. ¿Por qué demonios habrían de retener aquí a Chevorenko?

—¡No pronuncies tú tampoco ese nombre!

—Yo estoy de espaldas a Bob, querida —movió la cabeza Cliff Overman—. Será mejor que nos larguemos de aquí. Se me está ocurriendo que tal vez podría intentar algo con Alain Mercier.

—¿Quién es éste?

—Vámonos de aquí.

Se puso en pie, dejó un billete sobre la mesita, y tomó de un brazo a Danielle, que también se había puesto en pie. Overman se volvió un instante hacia Bob Granger, y se despidió de él con un leve gesto de cabeza que seguramente nadie notó. Granger correspondió del mismo modo, y se dedicó a sorber apaciblemente su café.

Ya alejándose, Danielle insistió:

—¿Quién es Alain Mercier?

—Un tipo que tiene diversas informaciones que nadie sabe bien cómo las consigue. Hemos recurrido en ocasiones a él, aunque suele trabajar casi en exclusiva para el

S. D. E. C. E...

Pero no forma parte de la nómina: trabaja por libre —Cliff sonrió como divertido—. Un extraño sujeto ese Alain, puedes creerme.

—¿No sería mejor que buscaras contacto con otro de tus compañeros de la

C. I. A.?

—Si quieres, lo hago —la miró de soslayo Cliff—, pero en cuanto Bob se enterase de que me he tropezado «casualmente» con otro compañero y que me he dedicado a hacer preguntas sobre cómo está París, te apuesto un franco antiguo a que la liamos. Y se enteraría, puedes estar segura. Dentro de una hora, la

C. I. A.

sabrá que yo estoy en París. Espero que tu documentación a nombre de Danielle Vernier sea lo bastante buena para resistir una pequeña investigación.

—Por eso no te preocupes. ¡Pero debiste advertirme de eso!

—¿Advertirte? Maldita sea, ¿qué demonios esperabas? No soy un Don Nadie, por si lo has olvidado. En cuanto a Bob Granger, él sabe que yo sé que casi todas las tardes viene a tomar café aquí, de modo que es más que probable que esté pensando que este encuentro no tía sido casual. Y si busco a otro compañero se convencerá de que ando detrás de algo.

—¿Desconfiarían de ti?

—No lo sé. Pero cuando menos se sorprenderían de mis actividades. Lo mejor sería que buscase a Mercier, pero ése sólo abre la boca por dinero.

—¿Cuánto pediría?

—Depende de la información que se le pida. En este caso, no creo que bajase de los veinticinco mil dólares..., sí que sabe dónde está Chevorenko, claro.

—Eso es mucho dinero —le miró Danielle—, y además quedaría latente el riesgo de que informase al

S. D. E. C. E.

o a la propia C. I. A, de que tú te has interesado por el asunto. —Así es.

—¿Crees que con Lucy Connors te sería más fácil?

—Tal como tú tienes montado el tinglado, no.

—¿Qué quieres decir?

—Si tuviese la suerte de localizar a Lucy en su nuevo domicilio, y pudiera quedarme a solas con ella, tal vez, y digo *tal vez*, podría sacarle algo, pues cabe la posibilidad de que ella todavía esté enamorada de mí. Pero si me ve contigo, se acabó. Y tú no querrás que Lucy y yo estemos a solas, fuera del alcance de tu vista, ¿verdad?

—No; de modo que inténtalo con Mercier.

—Por probar no pierdo nada.

Poco después, desde una cabina pública, Cliff Overman hacía una llamada telefónica, con Danielle muy pegada a él, de modo que podría oír lo que le dijera el tal Mercier.

La llamada fue una respuesta casi inmediata.

—Sí, diga.

—¿Está Alain? —preguntó Cliff.

—¿Qué Alain?

—Alain Mercier. Soy amigo suyo.

—¿Qué amigo?

—Escuche —gruñó Cliff—, ¿está o no está Alain?

—No, no está —le replicaron secamente—, pero quizá conseguiríamos darle su recado si usted nos dijera quién es, amigo.

Cliff miró a Danielle, que tras un visible titubeo asintió.

—Soy Clifford Overman —masculló—. Alain me conoce bien. Se pondrá en cuanto le diga mi nombre.

—Ya le he dicho que no está. ¿Puede llamar dentro de media hora?

—Sí.

—Pues hágalo.

El auricular fue colgado al otro lado de la línea. Clifford colgó a su vez, abrió la puerta de la cabina, y salió en pos de Danielle. No muy lejos de ellos, estacionado en doble fila, se hallaba el coche dentro del cual se movían por París los tres amigos de Danielle, al que Clifford dirigió una hostil mirada, mascullando:

—No son precisamente discretos tus amigos. Si a Granger le hubiera dado por seguirnos a ti y a mí ya se habría dado cuenta de que llevamos escolta.

—O al revés: mis amigos se habrían dado cuenta de que Granger nos seguía, y eso le habría costado un disgusto.

—No había caído en eso —dijo irónicamente Cliff.

—¿A qué viene ese tono? ¿Acaso Bob Granger es especial?

—Bueno, digamos que no es ningún tonto, de todos modos, no tiene por qué desconfiar de mí..., de momento.

Media hora más tarde, que invirtieron en pasear, siempre seguidos por el automóvil que ocupaban los amigos de Danielle Vernier, ésta y Clifford entraban en otra cabina. Como la vez anterior, Danielle se colocó junto a Cliff de modo que podía escuchar la conversación. Cliff marcó el número de antes, y respondió una voz cauta y de tono bajo:

—¿Si?

—He llamado antes preguntando por Alain: Overman.

—Soy Alain.

—Me había parecido, pero quería estar seguro. Bien, Mercier, tengo una pregunta para usted, y la respuesta puede valer un buen precio.

Hubo unos segundos de silencio antes de que se oyera de nuevo

la voz del comunicante de Cliff:

—Corríjame si me equivoco, señor Overman: ¿no está usted fuera de servicio hace tiempo?

—Lo estoy. Es una pregunta particular.

—¿Pero relacionada con el juego?

—Sí. Desde luego, sí.

—Pues no lo entiendo.

—Podría pagarle hasta diez mil.

—¿Diez mil francos?

—Usted ya sabe a qué moneda me refiero. Nada de francos.

—Entiendo. Bueno, no vamos a hablar de eso por teléfono, ¿verdad? Podríamos encontrarnos dentro de una hora en un sitio que le indicaré, hay preguntas que cuestan más de diez mil. Sobre todo cuando ya no forma una parte del juego.

—¿Y eso por qué? —Gruñó Cliff.

—Porque una cosa es trabajar para un servicio más o menos amigo, y otra cosa es vender palabras a fondo perdido. O peor todavía: con destinatario inadecuado.

—Ya. ¿Cuánto?

—El doble: veinte mil. Y no escandalice por el precio, porque me barrunto cuál va a ser su pregunta.

—¿Y tiene la respuesta?

—¿Tiene usted los veinte mil?

Cliff miró a Danielle, que movió afirmativamente la cabeza.

—Los tengo —dijo—. ¿Dónde nos vemos?

—Tal como le he dicho, dentro de una hora, le espero en el 12 de Rué Cambonne; segundo piso, apartamento 2.

—Allí estaré.

Alain Mercier colgó, lo mismo hizo Cliff, y de nuevo abrió la puerta de la cabina para Danielle. Ya ambos fuera de ésta, Cliff dijo:

—Tenemos que darnos prisa si has de reunir esos veinte mil dólares.

—No seas necio —sonrió ella—. Simplemente, ese Mercier nos dará la información.

—No me gusta tu modo de hacer las cosas. Lo estás complicando.

—Piensa en María —dijo Danielle, muy risueña—: eso aguzará tu ingenio para resolver lo que yo pueda complicar.

CAPÍTULO III

El 12, Rué Cambronne era un viejo edificio de tres plantas sito relativamente cerca del Boulevard Garibaldi, procedentes del cual llegaron Clifford y Danielle, a pie. Justo cuando ellos se detenían delante del edificio en cuestión, el coche con los tres amigos de la rubia aparecía, también procedente del Boulevard Garibaldi, en el extremo de la Rué Cambronne.

Entraron los dos, y en cuestión de segundos se hallaron en el segundo piso, ante la puerta del apartamento 2. Cliff llamó con los nudillos, desdeñando el timbre, y la puerta se abrió al instante. Danielle se llevó una de las sorpresas de su vida, que primero, lógicamente, le desconcertó, y luego la impulsó a emitir una ahogada risita.

Frente a ambos, Alain Mercier la miró con visible irritación. Era un hombre que parecía tener treinta años, extraordinariamente guapo, de grandes ojos azules, boca preciosa, largas pestañas que evidentemente habían sido pintadas, y, sin la menor duda, sus largos y rubios cabellos eran peluca. Estaba tan afeitado que su rostro parecía tan carente de vello como el de una mujer. Lucía una camisa de seda de cuello redondo, y pantalones de terciopelo rojo.

—¿A qué viene esa risa? —Sonó irritada su voz baja y engolada.

—Olvídelo —dijo Cliff, entrando en el apartamento seguido de Danielle—. No le había dicho a ella cómo es usted, y está hecho un cromo. Tenía que sorprenderse por fuerza.

—¿Quién es? —preguntó Mercier, cerrando bien la puerta—. Creí que vendría usted solo, señor Overman.

—Se llama Danielle, y es una amiga.

—Yo le esperaba a usted solo —insistió Alain Mercier.

—Me lo imagino —rió de nuevo Danielle, mirando en torno—.

Esto es una bombonera, señor Mercier, pero ¿realmente pensó que podría hacer esa clase de acuerdo con un hombre como Cliff? Él puede pagarle con dinero, no de otro modo.

—Es usted sumamente desagradable, señora —dijo con voz aguda Mercier.

—Oh, claro. Y además, una asquerosa, ¿verdad? Bueno, dejémonos de tonterías que nada importan y vayamos al grano. Es decir, entiéndanse ustedes mientras echo un vistazo en este encantador apartamento.

—¡No se le ocurra tocar nada con sus manazas! —Prohibió Alain.

Danielle volvió a reír, y dio unos pasos por el saloncito que era a la vez recibidor; el apartamento era diminuto, pero en verdad gracioso y bien dispuesto: parecía una casita para muñecas.

—Bien, Mercier —dijo Clifford—, vayamos al grano: estamos buscando a una persona, y cabe la posibilidad de que usted conozca su paradero. Pero debe quedar bien entendido que esto es un trato personal, y que no debe usted mencionarlo a la C. I. A... ¿De acuerdo?

—Señor Overman, usted y yo hemos hecho negocios en otras ocasiones, pero...

—¿Qué negocios? —Le miró sonriente Danielle.

—Escuche —se indignó Mercier—, si esa... esa...

—Tranquílcese —gruñó Cliff; y miró a Danielle—. Y tú cierra la boca. Siga, Mercier.

—Iba a decir que una cosa es facilitar información a la C. I. A, y otra cosa es hacerlo particularmente. Es muy arriesgado. Claro que, considerando la simpatía que usted siempre me inspiró en lo personal, quizá no me importaría correr ciertos riesgos.

—Simpatía personal, ¿eh? —sonrió de pronto Clifford—. Bueno, Mercier, quizá le pague veinte mil dólares por su información, pero eso sería todo. ¿Me explico? Si me ha citado en este exótico lugarejo para intentar conseguir otra clase de compensación por mi parte, olvídalo: todavía me siguen gustando las mujeres. Y ahora, maldita sea, hablemos en serio.

—¿A qué persona están buscando? —Alzó la barbilla Mercier, como ofendido.

—A Lucy Connors. Y no me diga que no sabe quién es.

—Sé quién es —Mercier estaba desconcertado—. Pero no comprendo que esté dispuesto a pagar veinte mil por esa información. Ella se mudó de domicilio no hace mucho, pero usted puede conseguir su nueva dirección sin recurrir a mí.

—Pero se lo pregunto a usted.

—No le diré eso. Ella sigue en el juego, y los de la C. I. A.

la tienen en muy alto aprecio. Si le ocurriese algo por mi culpa me desollarían. ¡Ni aunque me amenace con matarme le diré eso, señor Overman!

—Cálmese —gruñó Cliff—. Bien, veamos si con otra persona tiene menos escrúpulos. Se trata de un ruso llamado Revaz Chevorenko.

Los hermosos ojos azules de Alain Mercier se quedaron fijos en los de Cliff. Se desviaron un instante hacia Danielle, que ahora le miraba con suma atención, y volvieron a los de Cliff. Luego, Mercier emitió un silbido de lo más gracioso.

—De modo que es eso —murmuró—. ¡Nada menos que Chevorenko!

—¿Ha oído hablar de él?

—Alguna cosilla. Tengo entendido que se ha pasado a los americanos. Y no comprendo. —Mercier se desconcertó de nuevo—. Si se ha pasado a los americanos, ¿cómo es posible que usted lo esté buscando? ¡Debería saber dónde está!

—Ya le he dicho que estoy fuera del juego.

—Pero es americano, ¿no? Y tiene buenos amigos en la C. I. A... ¡Pregúnteles a ellos!

—Está usted agotando mi paciencia, Mercier. Si pudiera preguntárselo a los americanos no le habría ofrecido a usted veinte mil dólares por el informe. ¿Sabe o no sabe dónde está Chevorenko? ¿Dónde lo tienen?

—No lo sé. Es más, dudo que todavía esté en París. ¡Seguramente ya lo han enviado a Estados Unidos!

—En resumen: que no sabe nada de nada.

—No es así exactamente. Supe algo de la llegada de ese Chevorenko, pero no dónde lo instalaban. En cuanto a si permanece o no en París, yo supongo que no, porque no tendría sentido, a menos, claro, que pensarán utilizarlo aquí mismo, en París.

—Utilizarlo... ¿en qué?

—¿Cómo quiere que yo sepa esto? ¡Ay, qué hombre!

—Maldito sea, Mercier... ¡No sabe nada de nada! ¡Y me dijo por teléfono que se barruntaba mi pregunta, así que yo esperaba una respuesta!

—No creí que fuera ésa la pregunta.

—¿No? —Ladeó la cabeza Cliff—. ¿Qué otra pregunta puede haber hoy en París cuya respuesta valga veinte mil dólares?

—Oh, bueno, siempre pasan cosas... ¡París es tan grande!

Danielle se colocó frente a Mercier, mirándolo con una sonrisita extraña en sus bellos ojos verdosos.

—¿Le gusta a usted París, Alain? —se interesó.

—¿Que si me gusta París? ¡Qué si me gusta París! —Pareció escandalizarse Mercier—. ¿A quién puede no gustarle París? ¡Es la pregunta más idiota que he escuchado jamás!

—Y usted es el maricón más maricón que yo he visto nunca —dijo secamente Danielle, sacando una pistola del bolso—. Y fíjese que digo maricón, no homosexual, que todavía hay clases. ¿Qué digo, maricón? ¡Usted es una asquerosa maricona de quinta categoría! Y ahora, y a las malas, va a contestar a *todas* nuestras preguntas. ¿Lo entiende, mariposa?

Le apuntó al pecho con la pistola. Mercier miró aterrado el arma, y luego miró con ojos muy abiertos a Clifford, que soltó un gruñido y le arrebató la pistola a Danielle de un seco y habilísimo tirón. Ni siquiera le dio tiempo a protestar.

—Mantén la boca cerrada —la miró hoscamente—, o terminarás por estropearlo todo. Y usted, Mercier, tranquilícese, no pasa nada. Es sólo que mi amiga es un poquito nerviosa, pero no le habría disparado. Sólo quería asustarlo. ¿Verdad, querida?

—Sí —farfulló Danielle—... Naturalmente.

Clifford asintió, se guardó la pistola de Danielle en un bolsillo interior de la chaqueta, y miró amablemente a Mercier.

—Veamos, Alain, terminemos esta situación absurda, a nosotros sólo nos interesa Chevorenko, y queremos la verdad: ¿está todavía en París?

—Sí —dijo Mercier, con voz aguda.

—Espléndido. ¿Dónde lo tienen?

—Eso no lo sé... ¡Lo juro! Pero podría... podría saberlo, quizá.

Tengo un amigo que posiblemente lo sepa. Pero tendría que repartir el dinero con él, y entonces... Bueno, entonces veinte mil ya no sería tanto dinero.

—Podemos llegar a treinta mil para los dos —gruñó Cliff—. Ni un centavo más.

—Bien. Tengo que llamar por teléfono.

—Hágalo. Y no se le ocurra mencionarme.

—No... Claro que no.

—Llame de una vez.

Evidentemente estaba asustado, Alain Mercier se dirigió hacia la librería en cuya superficie del módulo bajo estaba el teléfono, sobre unos cajones. Dirigió la mano derecha hacia el auricular, pero, al mismo tiempo, movió rápidamente la mano izquierda, asiendo con sus bellos dedos el pomo del segundo cajón y tirando velozmente hacia fuera. La mano derecha se metió dentro del cajón, y salió empuñando una diminuta pistola.

Con un gritito de rabia y triunfo en su garganta, Alain Mercier se volvió hacia sus visitantes.

—¡Ahora vais a...!

Respingó al comprobar, con súbito espanto, que Overman no se había quedado en el centro del saloncito, sino que había caminado silenciosamente tras él. Se lo encontró frente a frente, ceñudo el rostro, y ya no tuvo la menor oportunidad.

La mano de hierro de Cliff Overman asió su muñeca, y la desvió.

—Maldito idiota —masculló Cliff—. ¡Te la has buscado! Y no por mí, porque creo que no vales la pena, pero ya sabes demasiado.

—No —gimió Alain—... No, señor Overman, por Dios, no... ¡No!

—¿Vas a llamar?

—¡No puedo contestar a su pregunta, no lo sé, ni tengo ningún amigo que lo sepa! ¡Pero no me mate, por Dios, no me mate!

—Termina con él —dijo fríamente Danielle—. Ya no podemos hacer otra cosa.

—No —gimió Mercier—... ¡No, se lo suplico, no...!

Cliff Overman parecía dudar..., y eso pudo costarle muy caro. Con un inesperado tirón, Mercier desasíó su mano armada, y la movió para encarar con la pistola el vientre de Cliff. Éste soltó una maldición, agarró de nuevo la mano, y la retorció y apretó contra el vientre del propio Mercier en el momento en que éste disparaba.

El disparo sonó como un apagado «plof» difícilmente audible, Alain Mercier se estremeció de pies a cabeza, y sus desorbitados ojos quedaron fijos en los de Cliff Overman. También su cuerpo quedó quieto y rígido tras el estremecimiento, de pronto, los párpados se abatieron, y el cuerpo de Alain Mercier cayó suavemente hacia el de Overman, como queriendo apoyarse en el pecho del ex espía. Éste sujetó a Mercier, y lo depositó en el suelo boca abajo, de cualquier manera. Miró a Danielle, que se había acercado a toda prisa, y susurró:

—Mira en el descansillo, a ver si hay alguien. No creo que nada de esto se haya oído fuera de aquí, pero más vale asegurarnos.

Danielle asintió, y corrió hacia la puerta. La abrió unos centímetros, y estuvo escuchando y mirando el tiempo suficiente hasta convencerse de que, si alguien hubiera oído algo, ya habría salido de su respectivo apartamento a ver qué ocurría. Cerró de nuevo la puerta, y se volvió. Clifford estaba abriendo los cajones de la librería, utilizando un pañuelo para tirar de los pomos, a fin de no dejar sus huellas digitales. Cuando terminó de examinar el último cajón de la fila de cuatro miró a Danielle, que estaba junto a él, y movió la cabeza.

—No tiene nada aquí. Esto debe ser su nidito de amor.

—¿Está muerto?

—Oh, no —replicó no poco sarcástico Cliff—: sólo está fingiendo. Es que Alain y yo siempre nos hemos divertido así, ¿comprendes? ¡Maldita sea, claro que está muerto! ¿Y sabes quién tiene la culpa?

—Supongo que vas a decir que la tengo yo —sonrió Danielle.

—¿Acaso no es así? ¿Quién lo asustó, sino tú? Bueno, vamos a dejar esto y larguémonos cuanto antes. Y pide al cielo que nadie que pueda identificarme nos haya visto entrar en el edificio.

Al parecer, nadie les vio, ni en la escalera, ni cuando salieron a la calle. Regresaron caminando con toda normalidad hacia el Boulevard Garibaldi. Detrás de ellos, el coche con los tres amigos de Danielle. Ésta se tomó del brazo de Clifford, y se encaminaron hacia la Ecole Militaire por la Avenue Lowendal. Se detuvieron en la Place Fontenoy, ambos miraron la Escuela Militar, como turistas paseantes.

—Y ahora ¿qué? —murmuró Danielle.

—Déjame pensar, algo se me ocurrirá.

—Espero que tengas más éxito.

Clifford la miró duramente.

—Si me hubieras dejado subir solo a hablar con Mercier es muy posible que a estas horas ya supiera algo importante, porque él tenía muchas conexiones, y podría haberme facilitado alguna ajena a la

C. I. A.

Por ejemplo, algún agente del

S. D. E. C. E.

que a cambio de dinero estuviera dispuesto a decirnos dónde tiene la C. I. A, a Chevorenko. ¿Comprendes, frígida?

—Está bien —admitió de mala gana Danielle—, tal vez haya sido culpa mía. Pero no se ha perdido gran cosa con Mercier.

—Me importa un pito ese sujeto. Pero dime: ¿qué nueva exigencia vas a hacerme ahora a pesar de las dificultades que tú misma me estás creando?

—La misma exigencia: arréglatelas como quieras, pero localiza a Revaz Chevorenko y mávalo.

—Vamos a cenar al hotel —masculló Cliff—: quizá se me ocurra algo.

Veinte minutos más tarde, llegaban al hotel. Desde su *comptoir*, el conserje les hizo señas apenas verlos aparecer, y ambos se encaminaron hacia allí, expectantes.

—*Bon soir* —saludó el conserje, tras de retirar una hoja de bloc de un cajetín—. Una dama preguntó por usted, *monsieur* Overman. Dejó su nombre y dijo que volvería a llamar en cuanto pudiera.

—Muchas gracias —murmuró Cliff, asiendo la hoja de papel.

Danielle la miró al mismo tiempo que él. Sólo estaba escrita la hora de la llamada y el nombre de la dama en cuestión: Lucy Connors.

—Bien —murmuró Cliff—..., de modo que el viejo Bob no es tan duro, después de todo. Se ha puesto en contacto con Lucy y le ha dicho que estoy en París. Y ahora dime: ¿hice o no hice bien en decirle a Granger que estoy en el Majestic?

—¿Él se lo ha dicho a Lucy Connors?

—¿Quién si no?

—Sí, claro, sólo ha podido ser él. Supongo que ella querrá verte.

Si te ha llamado...

—También podría querer decirme por teléfono que soy un cerdo, si Bob le ha dicho que estoy contigo. Pero no... Eso no sería propio de Lucy: tiene demasiada clase. Bob no le ha dicho nada sobre ti; simplemente, nos ha puesto en contacto a ver qué pasa entre nosotros. Es decir —sonrió de pronto—, que Bob no cree que tú signifiqués nada serio para mí. Bien, si Lucy va a llamarme de nuevo no podemos salir del hotel...

¡Esperemos que no se le ocurra venir y nos encuentre cenando juntos! Eso sería el final. Pero Lucy Connors no fue al hotel, sino que, poco después de las ocho, cuando ya Clifford y Danielle habían cenado y estaban tomando una copa de coñac en el salón, volvió a llamar. Un botones advirtió de esta circunstancia a Cliff, y éste pidió que le conectaran una línea en el salón. Ya con el auricular en la mano, miró a Danielle.

—Si vuelves a meter la pata —susurró—, lo envío todo al demonio. Empezando por ti, ¿está claro?

Ella asintió, y Cliff se colocó el auricular pegado a la oreja.

—¿Lucy? —inquirió.

—...

—Hola, ¿cómo estás? Supongo que has visto a Bob.

—...

—Ah, te llamó. Bueno, yo estoy en París hace un par de días, y te estuve llamando. Sé que te has mudado, pero Bob no quiso decirme adónde.

—...

—Ya. Es una zona agradable.

—¿...?

—Estoy bien, muy bien. Lucy, ¿quieres que nos veamos?

—¿...?

—Yo creo que sí valdría la pena. Escucha, aquello terminó... Estaba bajo una gran presión, y supongo que eso me hizo decir muchas tonterías, pero he tenido tiempo de descansar y de reflexionar.

—¿...?

—Si no fuera así no te estaría buscando. ¿Cuál es la dirección exacta?

—¿...?

—Sí —se nubló el gesto de Cliff, mirando expresivamente a Danielle—, sería buena idea que nos viésemos mañana, pero yo había pensado que podríamos... vernos esta noche. Yo no he cambiado, Lucy.

—...

—Me alegra oír eso. Entonces, ¿voy ahora mismo?

—...

—Dame la dirección.

—...

—De acuerdo. Estaré ahí cuanto antes. Hasta ahora.

Colgó, estuvo unos segundos pensativo, con el ceño fruncido, y de pronto miró a Danielle, que le observaba atentamente. Cliff Overman alzó ambas manos en un gesto de conformidad.

—Ya sé, ya sé —gruñó—, si ella y yo nos vemos a solas podemos tener mil medios para comunicarnos lo que sea aparte de lo que tú oigas por tu maldita radio. Pero lo tomas o lo dejas, porque una cosa es segura: si Lucy te ve conmigo todo habrá terminado entre ella y yo para siempre. ¿Está claro?

—De modo que la idea es que estéis solos en su apartamento.

—Ya te he dicho que lo tomas o lo dejas —gruñó de nuevo Cliff—. Pero te advierto: si no consigo la información de Lucy, y pronto, ya no respondo de la eficacia de mi intervención en vuestros planes. Es así de simple.

—Espero que no olvides a María —susurró Danielle.

—Si no fuese porque recuerdo a María en todo momento —entornó los párpados Overman—, tú y tus tres perros guardianes estaríais ya en el fondo del Sena. Y recuerda bien esto, Danielle: cuando termine, quiero ver a María sana y salva, o de lo contrario... Bueno, no me gustan las truculencias.

—¿No has pensado —sonrió Danielle— que cuando termine lo primero que haríamos nosotros sería eliminarte rápidamente?

—Cuando tú vas, yo ya estoy de vuelta —mostró sus blancos dientes Cliff Overman—. Danielle, en serio: no juguéis sucio conmigo. Y ahora, ¿qué? ¿Voy a ver a Lucy a solas o nos complicamos la vida por otros derroteros?

—Ve a verla —murmuró Danielle—, pero no olvides dos cosas. Una: María. Dos: mis amigos y yo estaremos cerca de su apartamento en el coche. Y todavía otra cosa: mantén tu radio

abierta en *todo* momento.

CAPÍTULO IV

El taxi se detuvo frente al número ciento catorce de la Avenue de la Bourdonnais, paralela a Pare du Champ de Mars y prácticamente al pie de la *Tour Eiffel*. Cliff Overman pagó el servicio, se apeó, y echó un vistazo a la fachada del edificio, uno de esos venerables de la clase alta de París. No moderno, pero siempre elegante, distinguido.

Cliff se acertó al portal, y pulsó el timbre del apartamento de Lucy Connors en el tablero del portero electrónico. La voz femenina se oyó por el micrófono:

—¿Cliff?

—Sí.

Se oyó el chasquido, y la puerta quedó, abierta. Cliff la empujó, entró en el vestíbulo, esperó a que se cerrase, y miró hacia fuera. El coche, ahora con Danielle Vernier acompañando a sus tres amigos, pasaba lentamente por delante del edificio. No se alejaría mucho, desde luego.

Se metió en el ascensor. Cuarto piso. Recorrió el pasillo, y apenas Cliff se había detenido ante la puerta de uno de los apartamentos, aquélla se abrió, dejando visible a Lucy Connors. Llevaba puesto un salto de cama, la transparencia del cual permitía ver que eso era todo lo que cubría su espléndido cuerpo.

Cliff Overman sintió como una presión en el estómago, y su mirada fue hacia los ojos azules de la muchacha, que a su vez le contemplaba muy atentamente. Era tan bonita que Cliff Overman pensó que había sido un cretino por permanecer tanto tiempo alejado de ella. Pero las cosas pasan, y eso es todo. Él no quería seguir en la

C. I. A.,

y ella sí. Y no era porque Overman se hubiese arrugado, como se

dice vulgarmente, sino porque, finalmente, se había sentido asqueado. Lucy, casi diez años más joven que él, todavía no había llegado entonces a su tope de saturación de porquerías profesionales...

—Tienes buen aspecto, Cliff —murmuró de pronto Lucy.

—No mejor que el tuyo —murmuró también él—. ¿Puedo pasar?

Lucy Connors se apartó, y cerró la puerta cuando su visitante hubo entrado en el apartamento. Volvió a mirarlo a los ojos, y dijo:

—Francamente, creí que me habías olvidado.

—¿Me habías olvidado tú a mí?

—No... No.

—Me alegra oír eso. Yo tampoco te he olvidado en ningún momento. En cualquier caso, te aseguro que vivir en soledad una temporada me ha resultado beneficioso. Tendríamos que hacerlo, aunque fuese de cuando en cuando.

—Sí. La soledad templea el espíritu, y nos permite valorar debidamente lo que dejamos atrás, lo que vale la pena y lo que no vale la pena.

—¿Debo interpretar que tu valoración sobre mí fue... positiva?

—Sí.

Cliff Overman se acercó a Lucy Connors, la abrazó por la cintura, y la atrajo suavemente. Ella se abrazó a su cuello, y emitió un suspiro, que se truncó cuando él la besó en los labios...

* * *

La eficacia y la fidelidad tanto de la radio que portaba Cliff Overman como del receptor que estaba utilizando Danielle Vernier era tal que, al instante siguiente de sobrevenir el silencio entre Lucy Connors y Clifford Overman, se oyó con toda claridad un doble sonido rítmico que, por un instante, desconcertó a Danielle.

—Son sus corazones —dijo con irónico tono el hombre sentado junto a ella—: están abrazados, besándose, es de suponer.

—Para mí —dijo otro— está claro que esa mujer está enamorada de Overman. Por poco listo que él sea, le sacará lo que quiera.

—Pues yo —dijo el que atendía el volante— insisto en que no ha sido prudente dejar tan suelto a Overman.

—No es ningún tonto —murmuró Danielle—. Sabe

perfectamente que lo primero que ocurriría si nos traicionara sería la muerte de María. Jugará limpio con nosotros, a fin de cuentas, todo lo que tiene que hacer es matar a un ruso, no a un americano o a alguien a quien ame, o a quien deba fidelidad... ¿Qué le pasa a esta receptora?

—No le pasa nada —rió el primero en hablar—: siguen besándose, eso es todo. Y continúan abrazados, eso está claro. Por cierto, si os fijáis en sus ritmos cardíacos veréis que no están demasiado alterados... ¡Buen par de corazones! Tal vez Overman tenga fastidiado el estómago, pero desde luego, no el corazón.

—El estómago, sí —casi rió Danielle—: sigue tomando esas grageas. Pero bueno, ¿cuánto rato van a estar besándose?

—Será mejor que te lo tomes con calma. Si las cosas van como debe tener pensado Overman, tenemos para toda la noche.

* * *

—Entonces —murmuró Lucy—, ¿piensas quedarte en París?

—No me gustaría, francamente —murmuró Cliff.

Ella, que estaba abrazada a él, ambos en la cama, se mantuvo en esa postura unos pocos segundos antes de apartarse lentamente; quedó apoyada en un codo, mirándolo a los ojos. Cliff adelantó la cabeza, y la besó en un pecho. Ella le puso una mano en un hombro, y lo apartó.

—Espera un momento —dijo con voz tensa—. ¿Cómo debo interpretar tu respuesta?

—Creo que se puede vivir más agradablemente en otros sitios, eso es todo.

—Pero has venido a París.

—Tampoco se trata de despreciar París —sonrió ceñudamente Cliff Overman—. Según dicen los franceses, es la ciudad más hermosa del mundo.

—No vamos a discutir eso, ¿verdad? Yo había creído que habías venido a quedarte.

—He venido a París por ti —susurró Cliff, acariciando los largos cabellos sueltos de Lucy—, pero eso no significa que pretenda, ni mucho menos desee, quedarme en París.

—¿Quieres decir que estás de paso..., y has aprovechado la

oportunidad para pasar un rato agradable conmigo? ¿Eso es todo?

—Vamos, no seas injusta —protestó Cliff—. Lo que tú llamas un rato agradable dura ya más de cuatro horas, y yo diría que en este tiempo todo ha resultado mejor que simplemente agradable, además, la palabra agradable la encuentro insuficiente y poco definitoria para esta... entrevista nuestra. Creo que deberías haber dicho que estamos pasando de un modo maravilloso una parte de nuestras vidas.

—No empieces a liarme con tu verborrea —exclamó Lucy—. Sé muy bien que llevamos cuatro horas haciendo el amor, justo desde que llegaste, y no voy a cometer la tontería de negar que me ha parecido maravilloso, de acuerdo. Pero yo creía que habías venido para quedarte conmigo.

—Mi amor —sonrió maliciosamente Cliff Overman—, puedo quedarme contigo sin necesidad de quedarme con París... o en París. Tal vez sería conveniente que estudiáramos el asunto desde otro punto de vista.

—¿Cuál?

—Yo he venido a París por ti, conforme. He reflexionado, he comprendido que te amo, y que ya está bien de vivir como un ermitaño, ahora bien, puesto que yo he variado mi postura tú también podrías variar la tuya..., algo así como un tratado de concesiones mutuas.

—¿Cuáles van a ser tus concesiones?

—Todas.

—Oh —sonrió de pronto Lucy—. ¡Eso sí que es maravilloso! ¿Qué concesiones debería hacer yo a cambio?

—Deja la C. I. A... Ya está bien de riesgos, Lucy.

—¡De modo que has venido a salvarme del peligro! —exclamó ella, un tanto irónicamente—. ¡El valiente caballero salva a la indefensa princesa de las garras del dragón!

—Creo que ya has hecho suficiente. Yo supongo que no vas a estar toda la vida trabajando para la

C. I. A.,

que un día u otro te ocurrirá lo mismo que a mí o algo parecido. No esperes eso. Simplemente, deja la C. I. A, ahora y vente conmigo.

—Realmente, parece que has venido a París a buscarme, ¿no es así?

—Sí.

—Bien. Dejando aparte consideraciones que podrían ocasionar y prolongar mucho una discusión, lo que parece cierto es que me amas, y que estás convencido de ello... por fin.

—Sí.

—A lo mejor —rió dulcemente Lucy— incluso has pensado que nos casemos.

—Me gustaría que lo hiciéramos. En cualquier caso, siempre te podré ofrecer más que la

C. I. A.,

lo mismo en presente que en futuro. No es una decisión tan difícil de tomar, Lucy.

—Seguramente tienes razón —susurró la bellísima Lucy, deslizándose una mano por el velludo tórax masculino—, pero por favor, no me obligues a tomar decisiones ahora.

—¿Por qué no? Es un momento tan bueno como otro cualquiera.

—Pues yo creo que este momento estaría mejor aprovechado en otras cosas. Cliff, no me estropees la noche —se tendió suavemente contra él—. Sigamos haciendo el amor, y mañana, o pasado, cuando los dos hayamos..., apagado el fuego que nos estaba consumiendo volveremos sobre los demás temas. ¿Estás de acuerdo?

—Sería un tonto si no lo estuviera —susurró Overman.

Sentía en su pecho la cálida turgencia de los senos de ella, en su costado el calor de su cuerpo. Le pasó una mano hacia la espalda, y apretó con suavidad la carne elástica y tibia, mórbida. Lucy suspiró.

—Me gusta que me hagas eso...

* * *

Danielle Vernier abrió los ojos, estuvo un instante totalmente desorientada, y luego miró a su compañero, que todavía mantenía en su hombro la mano con que la había sacudido.

—¿Qué ocurre? —farfulló.

—Se han despertado.

Danielle asintió, se sentó mejor en el asiento, donde había quedado dormida, y miró su relojito de pulsera. Eran las siete y veinte de la mañana, el primaveral día nacía hermoso en París, apenas brumoso. En algunos distritos de la ciudad debía reinar una

actividad intensísima, pero allí el tráfico era ordenado y no excesivamente ruidoso, de modo que debía oírse en el receptor lo que estuviera ocurriendo en el apartamento de Lucy Connors. Sin embargo, no se oía nada.

—¿Cómo sabes que se han despertado?

—Los hemos oído hace unos minutos.

—Pues ahora no se oye nada. ¿Qué están haciendo?

—Lo mismo que hacían anoche, lo mismo que estuvieron haciendo hasta las dos de la madrugada.

—¿Otra vez? —exclamó Danielle.

—Cosas del amor —rió su compañero—. Esto es una romántica historia de espionaje y amor, ¿no os parece? En cuanto a Cliff Overman no podemos dudar que es un tipo listo, que saca de la vida lo que puede en cualquier circunstancia. Lo está pasando fenómeno.

—Pues yo diría que ella no se queda atrás —movió la cabeza el conductor del automóvil—. ¡No entiendo que una pareja así haya podido permanecer separada!

—¿No han hablado nada que nos interese? —preguntó Danielle.

—Por ahora, no. Simplemente, lo están pasando de fábula. ¡Espero que a tu amigo Cliff no se le ocurra pasarse el día en ese apartamento tirándose a la muchacha!

* * *

Tras la última manifestación de placer por parte de ambos, Cliff y Lucy permanecieron abrazados, en silencio. Por fin, ella suspiró, y dijo:

—Cliff, tengo que levantarme.

Él se tendió entonces a su lado en la cama.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Tienes algo especial que hacer hoy? Quiero decir que no creo que la
C. I. A.

se derrumbe porque dejes de realizar tu rutina un día o dos.

—Déjame ir al cuarto de baño —rió ella.

Saltó ágilmente de la cama, contemplada por Cliff Overman, que disfrutó de su belleza en movimiento.

—¿No vienes a ducharte? —propuso Lucy.

—Creo que prefiero ducharme en el hotel.

—¿Por qué dices eso? ¡Siempre te gustó que nos duchásemos juntos!

—Si tú tienes algo importante que hacer, y yo tengo mi afeitadora en el hotel, será mejor que nos comportemos sensatamente. Una ducha juntos complicaría de nuevo las cosas. Quiero decir que te robaría más tiempo del que quizá estás dispuesta a concederme.

—Oh, no hables así, Cliff. Simplemente, tengo que salir.

—¿Estás haciendo algo importante? ¿Fuera de lo rutinario?

—Sabes muy bien que no deberías hacerme preguntas. Y hasta ahora has respetado las reglas del juego.

—Ya no formo parte del juego. ¿Qué está ocurriendo? Porque ahora que lo pienso me pareció que Bob Granger estaba un poco... como en guardia, en tensión. Incluso tuve la sensación de que desconfiaba de mí.

—Vamos, no digas tonterías, aunque quizá sí que Bob estuviese algo tenso.

—¿Por qué?

—Voy a ducharme.

—Espera un momento —gruñó Cliff, tocando la cama a su lado

—. Haz el favor de venir a sentarte aquí un minuto.

—Cliff, tengo que...

—Un minuto y por favor.

—Está bien —suspiró ella, acudiendo a sentarse en el borde de la cama—, supongo que no tiene sentido que te oculte cosas a ti, Estamos trabajando en algo que podría ser muy especial. Yo formo parte del grupo, digamos como... elemento suavizante, y es por eso que esta mañana tengo que marcharme.

—¿Eso significa que no nos veremos en todo el día?

—Me temo que sí, Cliff.

—Bien, de acuerdo, lo comprendo. Pero me gustaría saber qué ocurre. Porque si es algo demasiado peligroso para ti...

—No, no. Es cómodo y fácil, pero hay que estar atenta.

—Una cosa no encaja con las otras, diría yo. ¿No puedo saber qué está tramando la

C. I. A.

esta vez?

—Lo curioso es que nosotros no estamos tramando nada.

Estamos a la expectativa de lo que tenga en mente un invitado.

—¿Un invitado? ¡De modo que alguien del otro lado se ha pasado a nuestro bando! ¡Qué original!

—Sí, es una vulgaridad —rió Lucy—, pero tal vez salga algo bueno de todo esto. Para nosotros, claro, no para los rusos.

—¿Es un ruso? ¡Todavía más original! ¿Quién es? ¿El jefazo del Politburó?

—Deja de burlarte, ¿quieres? —protestó Lucy—. Ya sé que seguramente no habrá valido la pena la jugada, pero la estamos siguiendo. Se trata de un tal Revaz Chevorenko. ¿Te suena?

—No... No recuerdo. ¿Debería sonarme el nombre?

—Supongo que no, Chevorenko es uno de los estrategas no militares del Pacto de Varsovia.

—¡Caramba! ¡Eso no está nada mal! ¿Qué ha venido a vender?

—Eso es lo más chocante de todo —frunció el ceño Lucy—. No ha querido decírnoslo. Nos hizo llegar su decisión de pasarse a nuestro lado, lo arreglamos todo, fue recogido y llevado a un alojamiento..., y a cambio él dice que sólo hablará delante de las cámaras de televisión.

—Atiza. ¿Se supone que debo entender todo eso?

—Nosotros tampoco lo entendemos muy bien. Chevorenko dice que su información la facilitará no sólo a los americanos, sino a todo el mundo por medio de la televisión francesa. Nos ha exigido que le consigamos unos minutos de emisión durante uno de los programas informativos de más audiencia. Entonces lo dirá todo.

—¿Cuál es el truco? —Frunció ahora Cliff el ceño.

—Por nuestra parte, ninguno, por ahora.

—Pues no me gusta, porque entonces es ese Chevorenko el que está tramando algo. Bueno, eso se da por supuesto. Lo que quiero decir es que su jugada podría ser en beneficio de los rusos, no en el nuestro.

—No creemos que el asunto vaya por ahí. Chevorenko dice que no nos dice directamente a nosotros lo que sabe porque quiere que al conseguirle el espacio en televisión nos comprometamos con él, que todo el mundo sepa que él se ha pasado a la

C. I. A.,

de modo que ésta no pueda eliminarle posteriormente, ya que todo el mundo lo sabría. Teme que si nos dice todo privadamente a

nosotros lo eliminemos después de escucharle.

—Eso quiere decir que no tenemos muy buena fama. ¿Y qué vais a hacer con ese Chevorenko? ¿Conseguirle esos minutos de televisión?

—Tal vez lo hagamos.

—Vamos, Lucy —refunfuñó Cliff—. Se pueden conseguir las cosas por otros procedimientos. Uno de ellos es los malos tratos, que supongo no os parece conveniente por ahora. Otro, de lo más simple, sería engañar a ese ruso metiéndolo en una emisora de televisión, haciéndole creer que todo resultaba según sus deseos..., pero no lanzando la emisión al público, sino reservarla en circuito cerrado. El creería que hablaba ante millones de personas..., y estaría hablando solo para unos cuantos compañeros nuestros y algún que otro amiguete del

S. D. E. C. E.,

como pago del favor de conseguírnos el espacio de televisión para engañar a Chevorenko. ¡Y no me digas que eso no se os ha ocurrido a vosotros!

—Claro que sí. Y posiblemente lo hagamos...

—¿Posiblemente? ¿Qué os retiene?

—Si Chevorenko se da cuenta pondremos la situación más difícil, y entonces nos veríamos obligados a recurrir a los malos tratos. Y eso, de un modo u otro, podría deteriorar algo que de otro modo quizá signifique un triunfo muy grande.

—Es posible —admitió Cliff—, de modo que un estratega del Pacto de Varsovia...

—Un estratega civil, no militar profesional; un... colaborador extraordinario, eso está bien claro.

—Bueno, tal vez los del Pacto hayan conseguido algún nuevo armamento, algún nuevo aliado, o estén preparando unas interesantísimas maniobras. Me parece que he dejado de ser un buen agente: no tendría paciencia para esperar a saber qué pasa, teniendo a Chevorenko en las manos.

—Claro que esperarías —aseguró Lucy Connors—, aunque la verdad es que empezamos a estar cansados de esta pugna con él. Y a mí ya me aburre ese hombre, Al principio resultó interesante conversar con él a ver si le convencía de que me dijera algo, pero pronto me di cuenta de que no se iba a dejar dominar por la

dulzura y el encanto femeninos: él sabe que estoy en la C. I. A.,

así que mis encantos personales no le impresionan.

—No es muy listo, al menos en ese sentido. ¿Dónde lo tenéis?

—¿Recuerdas el punto del muerto 66?

—Claro. Buen lugar. Supongo que tenéis a Chevorenko bien custodiado.

—Lo suficiente, pero sin exageraciones. Cliff, en serio, tengo que marcharme... Lo siento de veras.

—Está bien. ¿A qué hora volverás?

—Alrededor de las seis. ¿Te encontraré aquí?

—Tal vez.

—Podrías recoger tus cosas del Majestic y mudarte aquí conmigo.

—¿Y cuándo te vendrías tú a vivir conmigo?

—¿Qué te parece si discutimos eso esta noche mientras cenamos?

Cliff Overman no contestó. Lucy Connors se abrazó a él, le besó en la boca, y luego se fue al cuarto de baño. Cuando salió de éste, envuelta en una toalla, Cliff Overman ya no estaba en el apartamento.

CAPÍTULO V

Desde el interior del coche, los cinco vieron salir a Lucy Connors del señorial edificio de la Avenue de la Bourdonnais, caminar unos cincuenta metros hasta llegar a un viejo Citroën «Tiburón», y alejarse montada en él.

Danielle miró atentamente a Cliff Overman.

—¿Estás seguro de que no sería mejor seguirla? —preguntó.

—Se daría cuenta. O alguien que la estuviese doblando se fijaría en nosotros, además, ya te he dicho que sé dónde está Chevorenko. El punto del muerto 66, como lo llamamos nosotros, es un chalet a unos sesenta kilómetros al sur de París, cerca de la localidad de Pithiviers.

—¿Lo conoces? Quiero decir: ¿podrías ir allá?

—Claro.

—En ese caso... ¡ya tenemos a Chevorenko! —exclamó Danielle.

Los tres hombres miraron fijamente a Cliff, que se había sentado a la derecha de Danielle. No parecían tan convencidos como ésta, y su expresión era bien clara en este sentido. Cliff sabía ya que estaban utilizando los nombres de Kiev, Odesa y Astrakán, es decir, los nombres de tres ciudades rusas. En cuanto a Danielle Vernier estaba utilizando además el nombre de Kolomna, otra ciudad rusa. Es decir, que allá tenía cuatro agentes supuestamente rusos, que utilizaban para designarse nombres de ciudades rusas,..., y que querían que un ruso fuese eliminado... por medio de un americano. Un ruso que se había pasado al bando americano.

—¿No dices nada? —Le miró desconcertada Danielle—. ¿Es que habrá alguna dificultad para cazar a Chevorenko?

—¿Cazarlo? —exclamó Cliff—. ¡Un momento! ¡El trato fue...!

—Tranquilo, querido, tranquilo —sonrió Danielle—. Las

circunstancias exigen que se haga de otra manera. Si nosotros pudiéramos ver cómo matas a Chevorenko nos conformaríamos con eso, pero si está en un chalet con varios americanos es evidente que no podrías traernos su cadáver, ¿verdad?

—Maldita sea tu estampa —mordió las palabras Cliff—. ¡Y pretendes que os lo consiga vivo!

—Cuando Chevorenko muera queremos estar seguros de que muere. Y el mejor modo de estar seguros será ver su cadáver.

—Escucha, puede que además de Lucy haya tres, cuatro o cinco hombres en el punto del muerto 66. ¿Qué crees que puedo hacer? Una cosa es meterle a Chevorenko una bala desde cien o trescientos metros disparando un rifle contra una ventana, y otra cosa es sacarlo de allí con vida.

—Algo se te ocurrirá. Bueno, vámonos de aquí. Yo también tengo ganas de ducharme y cambiarme de vestido. He pasado una noche asquerosa. Lo mejor será que nos dejéis a Cliff ya mí cerca del hotel y que volváis vosotros también a vuestro alojamiento a arreglaros un poco. Volveremos a ver —nos a mediodía. Para entonces, quizá Cliff haya pensado algo... definitivo. Ya empiezo a estar harta de este asunto de Chevorenko. Vámonos de aquí.

* * *

Cliff estaba terminando de afeitarse en el cuarto de baño de la habitación del Majestic que compartía con Danielle cuando ésta entró, completamente desnuda, y se fue directa a la bañera, a través del espejo, Cliff recibió la espléndida imagen. Ella se dio cuenta de que la miraba, y se echó a reír.

—Has pasado una noche muy agitada, pero supongo que no desdeñarás un... combate conmigo.

—No me interesas en absoluto —rechazó Cliff.

—¡No te creo! ¡Si yo quisiera caerías a mis pies!

Cliff se volvió, sonriente.

—No seas absurda. Peor aún, eso que has dicho suena a ridículo. Yo no caigo a los pies de nadie.

—¡Pues bien caíste a los pies de esa... esa...!

—¿Qué te pasa? ¿Estás celosa? Bueno, tranquilízate: si te portas bien quizá echemos un par de polvos antes de separarnos.

—¿Qué te has creído? —jadeó Danielle—. ¡Estúpido!

Con el insulto, Danielle lanzó una tremenda bofetada que alcanzó de lleno a Cliff, haciendo saltar de su mejilla la espuma que quedaba. El tigre no se inmutó. Pareció que nada hubiese ocurrido. Luego, su gesto fue de perplejidad. Pareció a punto de decir algo, pero optó por continuar afeitándose. Por medio del espejo volvió a mirar a la desnuda Danielle cuando ésta exclamó:

—¡No se te ocurra acercarte a mí, y menos tocarme!

—Descuida —dijo reposadamente Cliff Overman.

—¡Te mataría si lo hicieras!

—Que sí, mujer —gruñó él—, entendido. Y ahora déjame en paz. No tengo ganas de liarme en tontas discusiones, y sí en cambio estoy deseando encontrar una solución para terminar con este asunto. Una solución que no me perjudique en modo alguno, se entiende. Y además, otra cosa: quiero hablar con María, quiero asegurarme de que ella sigue bien.

—Ella está bien.

—Quiero asegurarme. Y si no oigo pronto su voz es posible que me ponga nervioso. —Espera a que termine de bañarme, y la llamarás en mi presencia.

—De acuerdo.

Danielle se metió en la bañera por fin, y Cliff terminó de afeitarse sin volver a dirigirle una sola mirada. Salió del cuarto de baño, se vistió, y encendió un cigarrillo. Justo entonces apareció Danielle en el dormitorio, envuelta en la toalla, al verlo vestido parpadeó, y enseguida se mordió los labios. Cliff Overman pareció quedar perplejo por un instante. Luego señaló el teléfono.

—¿Puedo llamar ya?

—Llama. Mientras tanto yo me iré vistiendo.

Cliff Overman descolgó el auricular del teléfono, y pidió a la telefonista del hotel que la pusiera con el número de su madre, que facilitó escrupulosamente. Colgó, estuvo contemplando a Danielle mientras se vestía, y descolgó cuando apenas dos minutos más tarde sonó el timbrazo. Un instante después, Cliff Overman estaba en contacto con su madre.

—¿Mamá? ¿Qué tal, cómo estás?

—...

—Me alegro. Supongo que todavía tienes ahí a los invitados.

—...

—Bueno, debe gustarles mucho tu modo de cocinar. ¿Seguro que estás bien, todo está en orden?

—...

—De acuerdo, estupendo. ¿Cómo está el viejo *Marvin*?

—...

—Vaya... Quizá sería conveniente que llamasess al veterinario para que le pusiera un sedante... definitivo; pobre *Marvin*, de todos modos, si el veterinario ya sabe que *Marvin* está enfermo es posible que en cuanto disponga de un momento o pase cerca de casa se acerque a verlo.

—¿...?

—Quizá pueda resolver mis asuntos en un par de días. Como máximo, tres. Mientras tanto, cuídate y tómate las cosas con calma.

—¡...!

—De acuerdo —sonrió Cliff—. Hasta pronto, mamá.

Colgó el auricular, y miró a Danielle, que, ya vestida, le contemplaba con suma atención.

—¿Estás convencido?

—Por supuesto. Una cosa verdaderamente difícil para vosotros sería imitar la voz de mi madre, de modo que, por ahora, todo está bien allí.

—Voy a maquillarme un poco y saldremos del hotel —dijo Danielle tras una larga pausa—. ¿Se te ha ocurrido ya algo?

—Sí.

—¿De veras? —Lo miró vivamente ella—. ¿Qué se te ha ocurrido?

—Creo que sólo hay un medio de conseguir quitarles de las manos a Chevorenko con vida: necesitaremos gas narcótico.

—Oh, gas narcótico. No es demasiado genial la solución. Para eso no te necesitamos a ti.

—Pues no entiendo por qué me habéis molestado, en ese caso.

—No sabíamos dónde estaba Chevorenko.

—Ya. Bueno, si quieres te lo digo, y vosotros hacéis el resto. Te puedo dibujar un plano que...

—No te precipites —sonrió Danielle—. Ni yo tampoco voy a precipitarme. Consultaré tu idea, y si es buena nos proporcionarán todo lo necesario.

Danielle descolgó el auricular del teléfono, y pidió línea. Marcó ella misma el número. Sentado en el borde de la cama, Cliff Overman parecía el ser más aburrido del mundo, pero su oído estaba atento a la identificación del número por el sonido del disco al girar.

De espaldas a él y tapando el teléfono, Danielle consiguió la comunicación.

Habló rápida y brevemente en ruso, mientras Clifford parecía al borde de la muerte por aburrimiento. La conversación de Danielle fue muy breve. Colgó, miró a Cliff, y dijo:

—Lo tendremos. Dentro de poco me llamarán para decirme dónde nos lo entregarán todo. Mientras tanto voy a maquillarme.

Clifford asintió desganadamente. Danielle volvió a entrar al cuarto de baño, y Cliff se alzó del borde de la cama, fue al pequeño buró, y tomó una de las hojas con el membrete del hotel impreso en la parte superior izquierda, en la cual se dedicó a hacer unos cuantos garabatos con el bolígrafo, también del hotel, arrugó de pronto la hoja, la tiró a la papelera, y se acercó a la ventana. El día, que se había iniciado prometiendo sol, estaba cumpliendo su promesa: ya no quedaba ni la más leve bruma, el tiempo era magnífico.

El teléfono sonó, y Cliff se volvió. Danielle salió del cuarto de baño y atendió la llamada. Estuvo escuchando durante un par de minutos, asintiendo de cuando en cuando, y colgó. Miró a Cliff.

—Lo tendremos todo camino de Althiviers.

—Muy bien. Conozco un sitio en esa uta donde podemos almorzar estupendamente. Y no muy caro. ¿Vas a tardar mucho?

—Un par de minutos —dijo Danielle, mirando su relojito.

* * *

En Biddeford, localidad del estado norteamericano de Maine, eran las siete de la mañana, pero la reciente llamada de Clifford Overman no había molestado a nadie, especialmente a su madre. Tampoco había molestado a los dos hombres que, extrañamente, aunque ningún vecino había reparado todavía en ello, vivían con la señora Overman hacía algunos días.

Y tampoco había molestado a los dos hombres que estaban en

turno de vigilancia de la casa, metidos dentro de una camioneta especial estacionada muy cerca y en la cual, entre otras cosas, había un sistema de escucha del teléfono de la señora Overman, que había sido intervenido magistralmente.

La última conversación de la señora Overman con su hijo había sido grabada, y la grabación, posteriormente, había sido reproducida y enviada por medio de la radio a un lugar donde se había procedido velozmente a analizarla. La respuesta llegó muy pronto, y también por la radio, a los dos hombres:

—Todo eso del veterinario, y lo de matar al perro *Marvin*, está bien claro para nosotros —dijo una voz—: Overman quiere que lo hagamos.

—De acuerdo —dijo el que atendía la radio.

—¿Enviamos un especialista?

—No. Nosotros lo haremos.

—¿Estáis locos? ¡Vuestro cometido en este asunto...!

—Nosotros lo haremos. Y lo haremos bien.

La comunicación fue cortada. Segundos más tarde, la camioneta se alejó de la zona, pero sólo lo justo para no ser vista desde la casa de los Overman.

* * *

Dentro de la casa, la señora Overman, que había sido sacada de la cama tan tempranamente por la llamada de su hijo, estaba en aquel momento en la cocina, preparando café. Sentados ante la mesa de la cocina, uno de ellos todavía con cara de sueño, estaban los dos hombres. La señora Overman les sirvió el café, y luego dijo:

—Voy a ver cómo está *Marvin*.

—Espere que tomemos el café y la acompañaremos, señora.

—¿Temen que me escape? —No— sonrió uno de ellos. —No iría muy lejos. ¿Verdad, Edgert?

—Verdad, Gerted.

Sonrieron los dos, divertidos por lo gracioso del juego del apellido inventado, que utilizaban cambiando de lugar las sílabas. La señora Overman también sonrió, porque tenía muy buen talante. Era una dama de casi sesenta años, ya grises sus antaño rubios cabellos, pero todavía con visibles muestras de lo que debió ser

espléndida belleza. Los tenía desconcertados a ambos, a Gerted y a Edgert, porque no protestaba por nada, ni se había asustado ni mucho menos puesto histérica cuando le explicaron de qué se trataba. Se lo había tomado con calma, y los trataba con mucha cortesía, incluso con amabilidad.

Tampoco esta vez protestó. Esperó a que terminaran el café, y entonces fue con ellos a la sala, donde, junto a la chimenea encendida —pues en Maine la primavera incipiente todavía no había disipado por completo el frío invernal—, estaba el viejo *Marvin* dentro de su gran cesto. La señora Overman estuvo examinando y acariciando al animal, que tenía los ojos tristes, y murmuró:

—Quizá sí que sería mejor avisar al veterinario.

—No por ahora, señora —dijo Gerted—. Cuanta menos gente venga por aquí mejor para todos, además, su hijo es muy drástico, ¿no le parece? ¿Por qué matar al pobre animalito? ¡Quizá todavía pueda curarse!

—No se curará —dijo la señora Overman—, porque todo su mal es la vejez, y eso no lo cura nadie.

—Pues entonces déjelo morir en paz. ¡Su hijo es un sádico!

Se echó a reír, y Edgert lo imitó. La señora Overman sonrió cortésmente, se sentó en el sofá, y se dispuso a continuar resolviendo el crucigrama que había dejado a medias la noche anterior.

Hora y media más tarde, casi a las nueve de la mañana, sonó la llamada a la puerta de la casa. La señora Overman miró a sus «invitados,» que le hicieron señas de que no se moviera. Uno de ellos fue a mirar por una ventana del recibidor, y regresó rápidamente:

—Es un repartidor de telegramas. ¿Espera usted alguno?

La señora Overman lo miró irónicamente.

—Los telegramas, joven, suelen ser inesperados. No, no estoy esperando ningún telegrama, desde luego. Pero será mejor que me haga cargo de él: si el que lo trae es Frankie no se irá de aquí sin entregármelo.

—De acuerdo. Pero ya sabe, señora.

—Sí, ya sé: usted me acompaña y es un amigo de mi hijo que está de visita.

—Eso es —sonrió el hombre.

Fueron los dos a abrir. La señora Overman se quedó mirando fijamente al hombre uniformado que parecía un empleado de Telégrafos, pero al que, ciertamente, no había visto en su vida. Sabía, eso sí, que tenía que ser uno de los compañeros de su hijo en la

C. I. A.,

pero nada más. Y ni por asomo esperaba lo que ocurrió. Ni remotamente, vamos.

—Buenos días, señora Overman —saludó sonriente aquel simpático muchacho, tendiéndole un telegrama.

—Buenos días, Frankie. Viene muy temprano hoy... ¡Oh, qué tontería! Usted viene cuando lo exige el servicio, naturalmente.

—Claro —sonrió el hombre—. Peor lo pasa el compañero del turno de noche, ah, un momento, tiene usted que firmar.

El hombre metió la mano dentro de su gran cartera de cuero que llevaba en bandolera, sacó una imponente pistola provista de silenciador, apuntó al sobresaltadísimo Edgert al pecho, y le metió una bala en el corazón sin escándalo ni aspavientos. La señora Overman palideció y se llevó las manos a la boca para taponar el grito. Edgert estaba saltando como un muñeco, empujado por el tremendo impacto encajado desde menos de dos metros.

Dentro de la sala, Gerted oyó el impacto del corpachón de su amigo contra el suelo, todavía incrédulo, se decía que no podía ser, que no había oído el «plop» de un disparo efectuado con silenciador. Pero su incredulidad duró lo que la caída de Edgert, es decir, apenas un segundo, y enseguida, comprendiendo, sacó la pistola y echó a correr hacia el vestíbulo de la casa de los Overman. Salió disparado de la sala, ya mirando hacia la entrada de la casa, pero de un modo incierto vio a su izquierda algo que se movía. Volvió la cabeza, y vio al hombre que, sin duda procedente de la cocina que tenía puerta en la parte de atrás de la casa, estaba ahora en el pasillo, con una pistola en la mano y apuntándole..., y disparándole ya.

Gerted recibió el impacto de la bala en la sien izquierda, giró silenciosamente, se dio contra la pared y cayó al suelo. En el otro extremo del pasillo apareció el «repartidor de telegramas,» vio a Gerted, miró a su compañero, y alzó el pulgar de la mano izquierda.

—*Okay* —dijo—. Habrá que avisar a Overman de que esto se arregló. Nunca trabajé con él. ¿Y tú?

—Tampoco. Pero ya sabemos que era de lo mejor. Todo esto, en realidad, es obra suya. Tuvo una buena idea al tragarse emisores cuyas señales fueron captadas en París por los nuestros, de modo que le pusieron en el camino a un compañero y demás comparsería.

—A mí —movió la cabeza el otro— lo que más me gustó fue lo de pasar información guiñando los ojos haciendo señales de morse...

—Será mejor que nos ocupemos de la señora Overman. Debe tener un buen susto encima.

—Un poco sí, pero no creas, no es de las que se desmayan.

—Así le ha salido el hijo. Menuda sangre fría debe tener ese cabrito...

* * *

Habían viajado los cinco en el coche que habitualmente utilizaban Odesa, Kiev y Astracán, ahora, casi a las dos y media de la tarde, y tras almorzar en un agradable restaurante que Overman aseguró conocer muy bien, cerca de Authon-la-Plaine, vieron por fin aparecer el coche en el lugar convenido con Danielle Vernier, alias Kolomna.

El otro automóvil se detuvo a unos cuarenta metros, y Danielle se apeó, tras murmurar:

—Esperad aquí.

Se fue hacia el otro coche, en el cual entró. Estuvo dentro unos tres o cuatro minutos antes de asomarse haciendo señas y llamando a Cliff. Éste se fue también hacia el otro coche, y segundos después estaba sentado junto al conductor, pero vuelto hacia el asiento de atrás, donde estaba Danielle con un sujeto... especial. Era alto y fornido, eso no podía disimularlo de ninguna manera. Lo que sí disimulaba era su rostro, prácticamente oculto bajo una tupida barba grisácea y un gran bigotazo de militar de la India (a todas luces postizas ambas cosas), amén de unos lentes de oscuros cristales que protegían sus ojos. Por encima de la montura se veían sus cejas negras, hirsutas, de recia contextura...

—Señor Overman —dijo el sujeto—, se me había ocurrido

realizar la operación con mis compañeros, pero no acabo de confiar en usted, aunque esté dispuesto a revelarnos el lugar donde tienen a Chevorenko, de modo que usted va a dirigir la operación de su rescate.

—De su secuestro —dijo Cliff—. Sería rescate si estuviese secuestrado ahora, pero no es así. Está donde está por su propia voluntad, de modo que lo que vamos a hacer nosotros es secuestrarlo.

—No voy a discutir con usted —replicó secamente el otro—. Sólo quería verlo de cerca, y decirle que lo vamos a estar vigilando muy de cerca. Eso aparte, no olvide a María.

—Ya me tienen hartos con tanta amenaza.

—Podemos hacer mucho más que amenazarle.

—Deje de molestarme, Barbita —frunció el ceño Overman—. Y hablemos de lo que interesa ahora. ¿Podré disponer del material o no?

—Sí. Está en el maletero. Jean se lo va a entregar ahora, y luego le acompañará a recoger a Chevorenko, con el otro coche. Todos los demás le estaremos esperando en el lugar al que le llevará Jean. ¿De acuerdo?

—¿Esperando? Creí que iban a estar cerca de mí todo el tiempo.

—Lo estaremos —sonrió secamente Barbita—, pero a salvo, no metidos de lleno en la... zona posiblemente conflictiva. No se preocupe por nosotros, señor Overman: estaremos donde debemos estar.

—En ese caso deberían estar en Rusia, aquí no pintan nada.

—Ya te he dicho que es muy arrogante —murmuró Danielle.

—Salgamos del coche —dijo Barbita—. Jean, abre el maletero.

Salieron todos del vehículo. El chófer abrió el maletero, y sacó una caja metálica y un rifle de alta precisión con un accesorio para disparos especiales, que tendió a Barbita.

—Dentro de la caja encontrará ampollas de gas narcótico, señor Overman —dijo Barbita—. En cuanto al rifle, le diré cómo utilizarlo para...

—No hay nada que pueda usted decirme que yo no sepa sobre armas —le interrumpió acremente Overman.

—¿De veras piensa eso? —sonrió Barbita—. Voy a convencerlo de lo contrario, señor Overman.

Hizo girar el rifle, moviéndolo velozmente, y enseguida golpeó con la culata, con tremenda fuerza, en el vientre de Overman. Éste lanzó un incontenible resoplido, y retrocedió, iniciando el gesto de encogerse, pero irguiéndose enseguida, centelleantes los ojos.

—De modo que es usted un tipo duro, ¿eh? —siseó Barbita—. ¡Vamos a ver cuánto, señor Overman!

Hizo el gesto para golpearlo de nuevo, y Cliff retrocedió, entornando los párpados, fija su aviesa mirada en los cristales oscuros de los lentes de Barbita, apretados los labios como si fuesen de acero. Oyó perfectamente la llegada de Astrakán, Kiev y Odesa, pero no les prestó atención, sólo miraba a Barbita, que parecía querer insistir en los golpes... Pero esta vez el golpe le llegó desde atrás, propinado por Astrakán y a una seña de Barbita. Fue un doble puñetazo en los riñones que empujó a Overman hacia Barbita, el cual aprovechó la ocasión para golpearle de nuevo en el vientre, de nuevo retrocedió Overman, siempre erguido, pero lívido ahora... Se volvió, porque sabía que por detrás iban a volver a atacarlo para empujarlo hacia Barbita.

Vio llegar el golpe que le disparaba Kiev. Se apartó, y descargó su puño derecho en pleno rostro de Kiev, que pareció reventar en un surtidor de sangre, astrakán se le acercó..., y recibió un patadón en los testículos que lo tiró al suelo como un saco, sin aliento y blanco como la leche. Odesa se acercó a Overman, pero estaba evidentemente asustado, y lo habría pasado mal si no hubiera intervenido de nuevo Barbita con el rifle, acertando ahora a Clifford en los riñones.

El impacto fue demasiado brutal para resistirlo, y Overman cayó de rodillas justo delante de los pies de Odesa, que gritó, y más que nada por apartarlo de él, le golpeó en la barbilla con un pie, derribándolo cerca de Kiev, que estaba mirando sus manos manchadas de sangre de la reventada nariz.

Miró a Cliff, y barbotó, escupiendo sangre:

—La puta que te parió...

Le golpeó en el estómago con un pie, pero las manos de Overman asieron aquel pie, dispuesto a tirar hacia arriba... Recibió otro culatazo por parte de Barbita, ahora de lleno en la espalda, y soltó el pie de Kiev y cayó de bruces. Enseguida se puso de rodillas, y Odesa le golpeó ahora en el estómago con un pie, mientras, como

un cadáver resucitado, Astrakán comenzaba a ponerse en pie mascullando maldiciones en ruso, y Kiev, recuperando el equilibrio y olvidando su nariz, saltaba hacia él y le disparaba el puño derecho a la nariz, con clarísimas intenciones de dejársela como la suya.

Overman desvió el rostro, y el impacto le alcanzó en un lado del cuello. Barbita le golpeó de nuevo en la espalda con la culata del rifle. Odesa volvió a golpearle en el estómago, astrakán estaba ya en pie, vio el rostro del americano a su alcance, y disparó el pie derecho...

En diez segundos, Cliff Overman recibió una tremenda paliza que, finalmente, le derribó. Fue arrastrado y colocado en el coche, y Jean se sentó a su lado. En el asiento de atrás, Kiev y Astrakán sacudieron a Overman hasta que éste los miró con plena consciencia.

—Amiguito —jadeó Kiev, rociándole todavía con sangre de su nariz—, vas a ir directo de aquí a buscar a Chevorenko, y será mejor que nos lo traigas pronto, o verás lo que hacemos con María. Y tráenos también a tu chica, esa Lucy Connors, que debe estar muy buena, y queremos tirárnosla hasta reventarla tú ya sabes cómo. ¿Entendido? ¡Pues ya lo sabes!

Recibió dos golpes más. Kiev y Astrakán salieron del coche y cerraron fuertemente las portezuelas. Jean arrancó.

Cuando pasó cerca del otro coche, Cliff Overman vio los sonrientes rostros de Barbita, Danielle y los tres amigos. Jean le miraba a él por el retrovisor, esperando ver alguna reacción de rencor, de odio, de furia, en el rostro de Clifford Overman. Pero no vio absolutamente nada que pudiera llamarse reacción o expresión.

—No debió hacer enfadar al jefe —dijo Jean.

Overman le miró reflejado en el retrovisor, y dijo:

—El a mí tampoco.

CAPÍTULO VI

Revaz Chevorenko tenía exactamente cincuenta y dos años, era alto, fuerte, sólido. Su rostro, de facciones enérgicas y acusadas, encajaba perfectamente con su granítico cuerpo casi de gigante. Los agentes de la

C. I. A.

que se iban turnando en su custodia, sin embargo, habían llegado a la conclusión de que todo era pura fachada, y que el ruso era un hombre amable, suave, y hasta un poco tímido..., menos cuando jugaba al ajedrez.

Cuando jugaba al ajedrez, Revaz Chevorenko era un tornado. Parecía otro hombre. Había sido la agente Lucy Connors la que había sugerido traer un juego al chalet, y desde entonces, el ruso había dejado de protestar por la larga espera que estaba soportando hasta acceder a un programa de televisión de la cadena francesa. Uno tras otro, el ruso se había ido cargando con toda facilidad a los agentes americanos..., hasta llegar, precisamente, a Lucy Connors, que le estaba presentando encarnizada batalla, y, además, le había dado ya un par de sustos.

—Jaque —volvió a insistir Chevorenko, moviendo una pieza.

Los hermosos ojos azules de la espía americana se posaron plácidamente en los oscuros del disidente ruso.

—Piénselo bien —sonrió.

De nuevo se sobresaltó Chevorenko, y su mirada regresó a toda prisa al tablero. ¿Cómo se permitía aquella muchacha incluso hacerle recomendaciones que implicaban la autorización para deshacer una jugada ya anotada?

Así que el ruso gruñó:

—Está bien pensado. He dicho jaque.

—Como quiera —amplió su sonrisa Lucy Connors, colocando un caballo ante el rey.

Chevorenko también sonrió, porque aquélla era justamente la jugada que él esperaba por parte de la espía americana, ahora, él sólo tenía que mover la torre para... La sonrisa de Revaz Chevorenko quedó congelada al darse cuenta, por fin, de la jugada que había provocado al obligar a la señorita Connors a mover el caballo: en las tres próximas jugadas, sus dos alfiles, cruzados, le impedirían absolutamente mover su propio rey, y cuando ella moviese su propia torre...

—Ya se lo advertí —dijo amablemente Lucy Connors.

Revaz Chevorenko le dirigió una breve y fulminante mirada. Luego se abstrajo en el estudio de la jugada improvisadamente defensiva que tendría que realizar.

Debían ser las tres y media de la tarde. Un sol pálido, relativamente tibio, lucía en el exterior. Desde una de las ventanas de la salita, un agente de la C. I. A.

estaba echando un vistazo. Todo estaba en calma. El sol parecía desparramarse sobre el bosquecillo de pinos como si fuese una mantilla de insólito encaje. Bastante alejados y diseminados se veían algunos chalets.

* * *

Con los prismáticos, Cliff Overman estaba mirando el chalet, alrededor del cual todo parecía en orden. Junto a él estaba Jean, esperando las decisiones del espía americano que estaba trabajando para ellos. Por fin, Cliff le devolvió los prismáticos, diciendo:

—Parece que todo está en orden y tranquilo, no veo señal alguna disimulada de alarma y vigilancia especial. Volvamos al coche.

Regresaron al coche, que había quedado tras una leve ondulación del terreno, fuera por completo del alcance visual desde el chalet en cuestión, a la derecha estaba el bosquecillo de pinos. Jean alzó el maletero, y Cliff abrió la caja metálica, y sacó un proyectil que mostró a Jean.

—Éste es el proyectil rompedor —dijo secamente—: como su

nombre indica, tiene por objeto abrirle el camino a los siguientes proyectiles, mucho más delicados, si bien en ocasiones él también se rompe y deja escapar el gas que contiene. Depende de dónde impacte al final tras romper los cristales. Si impacta en una superficie blanda, no se rompe, naturalmente, y es por eso que, inmediatamente de disparado el proyectil rompedor, procederé a disparar dos o tres más de los normales. Si el proyectil rompedor se rompe dentro de la casa, nadie saldrá de ésta, pues los efectos de este gas son fulminantes. Pero si no se rompe, los que están dentro de la casa comprenderán muy pronto lo que ocurre, y, posiblemente, saldrán corriendo para evitar los efectos del gas... ¿Me está comprendiendo?

—Sí —masculó Jean, no muy seguro.

—Bien. Dispararé el proyectil rompedor y enseguida dos o tres más, de modo que estoy seguro de alcanzar a las personas que haya en ese chalet con los efectos del gas antes de que salgan. Se lo digo para que no empiece a disparar si los ve salir corriendo: seguramente estarán ya bajo los efectos del gas, sólo correrán unos pocos metros, y caerán.

—¿Y si no caen?

—Si alguno de ellos corre más de diez o quince metros es que el gas no le ha afectado, y entonces haga usted lo que quiera. Pero escuche bien esto, amigo: no me gustaría nada que disparara gratuitamente contra unos compañeros míos, ¿de acuerdo?

—Sí, de acuerdo. Entendido.

Cliff soltó un gruñido, metió el proyectil rompedor en la recámara del rifle, y luego metió en la boca tres proyectiles más que sacó de la caja metálica, más pequeños y esféricos. Señaló el bosquecillo, y los dos se dirigieron hacia allá. Cliff buscó una posición adecuada, plantó bien los pies en el suelo, y se echó el rifle al hombro.

Disparó prácticamente enseguida, apenas apuntar. Jean vio cómo una de las ventanas frontales de la casa saltaba en pedazos, a unos sesenta metros; pedazos que relucieron al sol... Overman había metido ya otra cápsula narcótica, y disparó de nuevo, con su sorprendente rapidez. Y de nuevo lo hizo tan sólo dos segundos más tarde. Y otra vez...

Justo en el momento en que él efectuaba el tercer disparo se

abría la puerta del chalet, y aparecía corriendo un hombre, que apenas dio tres pasos y rodó por el suelo. Detrás de él salió Lucy Connors, también corriendo, y su vitalidad pasmó a Jean. La muchacha corrió casi doce metros, hasta uno de los coches, y justo al llegar allí pareció acabársele la cuerda, sus piernas se doblaron, y rodó por el suelo.

Luego, todo quedó en calma. Cliff Overman estuvo esperando casi un minuto, y, por fin, miró a Jean.

—Lleve el coche allá.

Jean asintió, y fue en busca del coche. Rifle en mano, Clifford Overman se encaminó hacia el chalet. Llegó en primer lugar junto a Lucy Connors, que yacía tendida de bruces en el suelo. Cliff se acucilló junto a la muchacha, y le puso las yemas de dos dedos en un lado del cuello. Todo normal. Dormía y seguiría dormida no menos de tres horas, según los cálculos. *Okay*, la última jugada era perfecta.

Se incorporó y fue hacia la casa. Encontró a Revaz Chevorenko caído en el suelo cerca de la mesa donde estaba el tablero de ajedrez, con el asiento del contrincante vacío. Cliff Overman echó un vistazo a la disposición de las piezas, movió la cabeza, y se apartó de allí. Había tres hombres más en el chalet, todos ellos dormidos, pero en perfectas condiciones físicas. Regresó a la salita, miró por la ventana, y vio a Jean detener el coche delante del chalet. Salió, metió el rifle en el maletero, y volvió al interior de la casa. Se cargó al robusto Chevorenko en un hombro, como si tal cosa, y salió de nuevo. Se detuvo en seco al ver a Jean a punto de meter dentro del amplio maletero a Lucy Connors.

—¿Qué demonios está haciendo? —Gruñó Cliff.

—Dijeron que les llevaríamos a la muchacha —le miró Jean.

—Nada de eso. Déjela por ahí.

—Dijeron que la llevaríamos —insistió Jean, mirándole fijamente —, así que yo voy a obedecer.

La dejó caer en el maletero, y se dispuso a ayudar a Cliff a colocar a Chevorenko junto a Lucy. Clifford no discutió más, acomodaron al ruso junto a la espía americana, cerraron el maletero y fueron a ocupar el asiento delantero del coche.

—Y a los demás agentes de la

C. I. A.,

¿no nos lo llevamos? —Gruñó Overman.

—Oiga, ¿a mí que me cuenta? ¡Dijeron que lleváramos a la chica, y eso es todo! Si tiene algo que protestar hágalo con Voronov, no conmigo.

—¿Voronov? —Le miró interrogante Cliff.

Jean parpadeó, se mordió un instante los labios, y desvió la mirada. Puso el motor en marcha y arrancó. Cliff Overman dejó de mirarlo, y su mirada fue hacia el frente, de modo que el sujeto de la barbita se llamaba Voronov...

—¿Adónde vamos ahora?

—Como de todos modos irá viendo los indicadores, se lo diré: vamos a una granja cerca de Fourchambault... Cerca de Nevers.

—Ah, sí, Nevers. Eso está a unos ciento treinta kilómetros, más o menos. ¿Los demás también están camino de esa granja?

—Por supuesto. No están muy lejos de nosotros, nos van precediendo, ahora que saben que todo ha salido bien.

—No tan bien —dijo con claro disgusto Cliff—: si realmente se proponen molestar a Lucy las cosas se complicarán mucho.

Hora y media más tarde el coche se detenía en una granja, en la parte de atrás del edificio, donde ya había otro automóvil que Cliff conocía, y junto al cual esperaban Odesa, Kiev y Astrakán, los tres sonrientes. Y todavía sonrieron más ampliamente cuando Overman se apeó y vieron su cara ahora más visiblemente inflamada y señalada por los golpes recibidos en la absurda pelea.

—Enhorabuena, tío listo —dijo Kiev, con voz gangosa.

—¿Te pasa algo en la nariz? —preguntó ingenuamente Cliff—. ¿O sólo es que la tienes llena de mocos?

Kiev palideció de rabia. Jean abrió el maletero, y su intervención evitó tonterías mayores.

—Venga, sacadlos de aquí, tengo que esconder los dos coches. Ya os pelearéis en vuestras horas libres.

Astrakán y Odesa se dispusieron a hacerse cargo en conjunto de Lucy Connors, pero Cliff los apartó, la sacó él del maletero, y se quedó con ella en brazos y mirándolos torvamente, sin decir ni una palabra. Los tres rufianes decidieron no buscar más complicaciones, dos de ellos cargaron con el corpachón de Chevorenko, y entraron en la casa.

Barbita y Danielle estaban en la sala, una pieza desangelada y

sin asomo de confort, pero en la que presidía un amplio lar, en el cual parecía empeñado Barbita en encender fuego, sin demostrar pericia alguna. Odesa le sustituyó en este empeño, y Barbita se acercó a mirar a Chevorenko, que había sido depositado en un viejo sofá. Luego, miró a Cliff, que continuaba con Lucy Connors en brazos.

—Déjela por ahí, hombre —sonrió Barbita—. Es un lugar aparentemente descuidado, pero no está mal en realidad. Lo compré hace un tiempo, como un lugar aislado y tranquilo al que venir a descansar, especialmente los fines de semana. Cuando lo compré...

—Escuche —cortó abruptamente Cliff—, usted ya tiene a Chevorenko, ¿no es así? Ahora cumpla su parte.

—¿Y cuál es mi parte? —sonrió Barbita.

—Llame a sus amigos para que dejen tranquila a María, y déjenos marchar a Lucy y a mí. Es muy simple y fácil, ¿sabe?

Danielle emitió una risita un tanto crispada, y Cliff la miró hoscamente. Barbita sonreía de lado.

—Será mejor que se lo tome con calma, Overman. Deje a la muchacha, siéntese por ahí, y no moleste. Y déjese de miradas asesinas y actitudes truculentas, ¿de acuerdo? En resumen: no moleste. Y vosotros, atadme a Chevorenko a esa silla. Bien atado, no quiero tener problemas con él.

—Deberíamos atar también a Overman —dijo Kiev.

—De acuerdo, hacedlo.

Cliff Overman abrió la boca, pero Danielle rió de nuevo, mostró su pistola, y apoyó la boca de fuego en una sien de la dormida Lucy Connors. Cliff la miró, abatió enseguida los párpados, y depositó a Lucy en el suelo, cerca del fuego que Odesa había conseguido encender por fin, de momento en altas y vivas llamas. Danielle se sentó en un sillón, sin dejar de apuntar a Lucy, mientras Astrakán y Kiev amarraban a Cliff Overman a una silla, dando bruscos y crueles tirones de las sogas. Luego, sentaron a Chevorenko en otra silla, y lo amarraron tan sólidamente como a Overman.

Mientras tanto, Barbita había abierto un maletín, del cual había sacado una jeringuilla ya preparada, con la que se acercó a Chevorenko. Ordenó que le subieran una manga, le inyectó el líquido contenido en la jeringuilla, y se dispuso a esperar, encendiendo un cigarrillo.

—¿Cuánto tardará en recuperarse Chevorenko? —preguntó Kiev.

—Muy poco.

—Habíamos pensado tirarnos a la americana, mientras tanto.

Barbita les dirigió una gélida mirada, sin molestarse en contestar. Los tres parecieron molestos y turbados.

—Más que nada —añadió Astrakán—, por fastidiar a Overman.

—Sí, sería fastidiarle mucho —intervino Danielle—, porque realmente está enamorado de ella. ¿Verdad, Cliff? Esta noche pasada nos habéis proporcionado una magnífica audición de suspiros.

—Se la han pasado haciendo el amor —dijo Astrakán—. ¡Y nosotros pasando frío en el coche, despiertos como mochuelos!

Barbita, que iba mirando de uno a otro con expresión entre divertida e irritada, hizo de pronto un gesto, y regresó su atención a Chevorenko, que había suspirado profundamente. La droga de recuperación comenzaba a hacer su efecto. Revaz Chevorenko estuvo todavía dos o tres minutos suspirando, parpadeando y sacudiendo la cabeza antes de darse cuenta plena de su situación. Su oscura mirada fue de una a otra persona, e incluso vio a Lucy Connors tendida en el suelo de cualquier manera cerca de la chimenea. Finalmente, por instinto sin duda, su mirada se posó en Barbita.

—Tengo la impresión, camarada Chevorenko —habló Barbita en ruso—, de que has comprendido. ¿Estoy en lo cierto?

Chevorenko se pasó la lengua por los labios, y eso fue todo. Barbita acercó una silla, y se sentó frente a Chevorenko, con el respaldo por delante.

—Mis órdenes, naturalmente, son enviarte a Moscú, y esta misma noche serás puesto discretamente en ruta hacia allí. Pero también tengo otras órdenes muy concretas, y por fortuna parece que voy a disponer de tiempo para cumplirlas. Tengo que saber, camarada Chevorenko, qué has contado a los americanos respecto a la operación Telón-84. Y sobre todo, a cuántos y qué americanos son éstos, por si todavía se pudiera... cortar esa fuente de información hacia Washington. ¿Me comprendes?

Chevorenko tragó saliva, y no dijo nada. Miró a Cliff Overman, que a su vez lo miraba atentamente... Una violentísima bofetada propinada por Barbita enderezó el cuello de Chevorenko, cuya

mirada regresó, ahora como una llamarada de furia, hacia Barbita, que sonrió.

—Estamos hablando nosotros, ¿no es así? Mejor dicho, estoy hablando yo, y quiero respuestas.

—Yo también quiero respuestas —dijo fríamente Chevorenko—. ¿Quién eres tú?

—Voronov, de la K. G. B...

Chevorenko se quedó mirando con ojos saltones y expresión aterrada a Barbita, cuya sonrisa persistía.

—No —jadeó por fin Chevorenko—. ¡No!

—Tranquilízate. Ya te he dicho que no van a dejarte en mis manos, que tengo que enviarte esta misma noche a Moscú. Pero de momento sí estás en mis manos, y creo que ya has entendido lo que significa estar en las manos del camarada Voronov, ¿no es cierto?

—No les he dicho nada a los americanos... ¡Nada! —Casi sollozó el gigantesco Chevorenko.

—Vamos, vamos, camarada... Llevas varios días con ellos, has estado conversando, comiendo, durmiendo, conviviendo con ellos... ¿y no les has dicho nada? ¿No les has hablado de la operación Telón-84?

—¡Te juro que no!

—Pero entonces —se desconcertó cómicamente Voronov—, ¿qué has estado haciendo todos estos días con los americanos? ¿De qué habéis estado hablando?

—¡Les dije que no les diría nada si no obtenía ciertas garantías, y ellos estaban estudiando mis exigencias, creo que iba a complacerlas en cualquier momento!

—¿Tus exigencias? ¿Tú les exigías a los americanos? Está bien, ¿qué les exigías?

—Les dije que no les pasaría ninguna información si no era en público. Les exigí que me consiguieran un espacio de tiempo en uno de los importantes programas informativos de la televisión francesa, y que entonces lo contaría todo. Quería asegurarme de que ellos... se comprometerían conmigo, quería asegurarme de que millones de personas sabrían que estaba en París con la C. I. A, y con el S. D. E. C. E.,

a fin de que no se atrevieran a matarme después de recibir mi información.

—Eso ha sido muy inteligente por tu parte —admitió Barbita Voronov, muy serio de repente—, pero... ¿debo creer que no has dicho ni una sola palabra de la operación Telón —84? ¿De verdad, camarada Chevorenko?

—¡De verdad! ¡Lo juro!

—Pero ibas a explicar ante millones de telespectadores en qué consiste la operación, ¿no es cierto? Querías que se enterase toda Europa, con lo que te ganarías el afecto de todos, y siempre tendrías a quién recurrir en Europa si la

C. I. A.

te fallaba, si finalmente no eras admitido en Estados Unidos. Europa, a fin de cuentas iba a ser la gran afectada por la operación Telón-84, te estaría eternamente agradecida por haberles advertido. ¿Fue eso lo que pensaste, camarada Chevorenko?

—Sí. Sí, eso fue lo que pensé. ¡Pero no les he dicho...!

—No les ha dicho nada todavía porque no te ha convenido, pero lo cierto es que estabas dispuesto a hacerlo, estabas dispuesto a decirles a los americanos y a toda Europa, a todo el mundo, en suma, que Rusia está preparando la operación Telón-84. ¿Cierto o no?

Revaz Chevorenko estaba demudado, y en su rostro relucía una fina capa de sudor. No contestó. Seguía mirando con obsesionado espanto a Voronov, que de pronto se quitó los oscuros lentes, dejando ver sus ojos, grandes, de expresión fría, como petrificados.

—Eres el más maldito cerdo traidor del mundo, Revaz Chevorenko —dijo como masticando las palabras—. ¿Y esperas que crea que un maldito cerdo traidor ha permanecido callado hasta ahora ante los americanos? ¡Quiero saber qué les has dicho exactamente, hasta dónde les has informado, y a quiénes exactamente, para eliminarlos! ¡Quiero los nombres de los agentes a los que les hayas hablado de Telón-84, y qué parte de la operación les has facilitado! ¡Y quiero saberlo *ahora*! Cuando te vayas hacia Moscú yo tengo que saber ya lo que necesito para mis futuras acciones, de modo que me lo vas a decir todo..., o jamás olvidarás las horas que faltan para tu traslado a Moscú.

—No he dicho nada —gimió Chevorenko—. ¡No lo he dicho, no he dicho nada, lo juro! ¡Lo habría dicho todo, es verdad, soy un cerdo traidor, es verdad, pero todavía no he dicho nada!

—Por lo que yo sé —intervino Overman, hablando con toda soltura en ruso—, está diciendo la verdad. Y Danielle, que estuvo escuchando todo lo que Lucy me dijo, también lo sabe.

—Si vuelve a intervenir, Overman —le miró gélidamente Voronov—, le cascaré los cojones como si fueran dos avellanas.

Astrakán soltó una risita, que pareció tragarse cuando Voronov le miró. Éste regresó su atención a su compatriota Chevorenko.

—Bien, sigamos con la conversación, Chevorenko...

—¡Ya te lo he dicho todo, todo!

En aquel momento entró Jean, en el cual se centró la atención de los presentes.

—He escondido los coches —dijo—, y lo demás está preparado para la primera etapa del traslado en cuanto oscurezca.

—Para entonces la

C. I. A.

habrá movilizado ya todo su personal y material en esta parte de Francia —murmuró Barbita Voronov—, pero no creo que piensen que nos llevamos a Chevorenko en un helicóptero hacia Suiza. Lo más lógico es que piensen que lo hemos eliminado ya.

—No sé —dijo Jean—. Yo no me atrevo a predecir lo que hará o pensará la C. I. A...

—¿Y usted, Overman? —Miró Voronov a Cliff—. ¿Qué opina?

—Opino que no quiero que me casque los testículos, así que punto en boca.

—Vamos, vamos, no se lo tome así —rió Voronov—, a fin de cuentas yo mismo le autorizo a hablar al hacerle una pregunta directa. ¿Qué cree que hará la

C. I. A.

cuando descubran lo ocurrido en el punto muerto del 66?

—Extenderán toda la red —farfulló Overman—. No creerán que han eliminado a Chevorenko, pues para hacer eso ya lo habrían matado en el chalet, así que lo buscarán vivo. Y también buscarán a Lucy, por todos los medios... Si no espabila en sacar pronto a Chevorenko de Francia es posible que nunca pueda hacerlo.

Sobrevino un silencio, mientras Voronov seguía mirando muy fijamente a Cliff Overman. Por fin, el ruso de la falsa barbita asintió, y murmuró:

—Mis órdenes iniciales eran eliminar a Chevorenko, así que si

las cosas se ponen mal, simplemente lo mataré, como había organizado. Pero me gustaría anotarme el espectacular triunfo de llevármelo vivo a Moscú después de burlar a la C. I. A...

Overman encogió los hombros.

—Otros como usted han querido pasarse de listos. Inténtelo.

Voronov frunció el ceño, y quedó casi medio minuto pensativo. Por fin, señaló a Chevorenko y a Cliff.

—Encerradlos en uno de los cuartos. Y a la muchacha también. Tengo cosas que hacer que ellos no deben saber, por si acaso. Llevadlos así mismo, en las sillas, tal como están. Y no descuidaros.

CAPÍTULO VII

En la amplia y destartalada habitación a la cual los llevaron había una gran cama matrimonial, sobre la cual echaron el inerte cuerpo de Lucy Connors, que se hundió en el tosco colchón de lana. Chevorenko y Overman fueron colocados uno a cada lado de la cama, sentados y atados a sus respectivas sillas.

—¿Y si atásemos a la chica a la cama? —propuso Astrakán—, así, cuando vengamos a tirárnosla, todo nos será más fácil.

—Veamos primero qué hace Voronov —dijo Kiev, con su gangosa voz de nariz inflamada—, porque si él se queda no podremos hacerlo. ¡Ojalá le digan que tiene que marcharse de aquí!

—Entonces nos divertiríamos todos —dijo Astrakán, mirando perversamente a Cliff Overman.

Salieron los tres de la habitación, cerrando la puerta. Chevorenko comenzó a forcejear con las ligaduras rabiosamente, hasta que se dio cuenta de la mirada irónica que le dirigía el espía americano, el cual dijo:

—Está perdiendo el tiempo. No parecen muy listos, pero sí saben cómo atar una persona a una silla.

—¿Quién es usted y qué pinta exactamente en todo esto? —Se mostró adusto y desconfiado Chevorenko.

—Soy un ex agente de la

C. I. A.,

al que metieron en esto debido a su fama de eficaz. Lucy me conoce bien —señaló con la barbilla hacia el lecho—. ¿Ella no me mencionó en ningún momento?

—Claro que no —seguía mirándole con desconfianza Chevorenko.

—Bueno, es natural. Dígame una cosa, Chevorenko: ¿en qué

consiste la operación Telón-84 de la que sin duda habló a mis compañeros?

—No hablé de esa operación con nadie —entornó todavía más los párpados Chevorenko—. ¡Con nadie! ¡Y no pienso hacerlo ahora!

—Es usted demasiado terco. Suponga que yo consiguiera escapar: ¿no sería conveniente que supiera qué es Telón-84?

—No pienso decírselo. En realidad, he reflexionado, y he decidido aceptar mi regreso a Rusia con... con alegría. Pediré perdón, les ofreceré mis mejores servicios para el futuro y les diré...

Sorpresivamente, Cliff se echó a reír.

—¡Ahora comprendo! —exclamó—. ¡Usted cree que yo soy ruso, y que le estamos tendiendo una trampa a ver cómo reacciona, y al mismo tiempo asegurarnos de que no les dijo nada a los americanos! ¿No es cierto que es eso lo que cree? ¡Y por eso está haciendo tanta comedia! Pues bien, le aseguro que soy americano, y que, en lo posible, si ello no significa arriesgar a los míos y a Lucy, estoy de su parte. ¿De acuerdo?

Revaz Chevorenko no contestó, y Cliff comprendió que no sólo no lo haría respecto a aquel asunto, sino que no tenía la menor intención de seguir conversando con él.

Pero la situación dio un gran cambio cuando, apenas dos minutos más tarde, Lucy Connors suspiró, y comenzó a removerse en la cama. Un minuto más tarde, colocada ahora de costado, se quedaba mirando a Cliff Overman, que la contemplaba con ceñuda sonrisa. Lucy se sentó de pronto en la cama de un salto.

—¡Cliff! —exclamó—. ¿Dónde estamos?

—Invitados por un tal Voronov en una casa de campo o así.

—¿Voronov? —exclamó de nuevo Lucy—. ¿Alexei Voronov?

—Sí, Alexei Voronov —dijo Revaz Chevorenko.

Lucy se volvió hacia él, lanzando otra exclamación. Parecía no saber qué hacer, pero el problema no tenía demasiadas incógnitas: saltó de la cama, pasó detrás de Cliff, y comenzó a desatar los nudos que tenía a la espalda...

—Entonces, ¿es cierto? —murmuró Chevorenko, mirando a Lucy—. ¿Este hombre es uno de ustedes, de la C. I. A.?

—De la C. I. A, ya no —le miró Lucy—, pero sí es de los

nuestros. Lo que ocurre es que...

—No creo que mi historia sea tan interesante —la interrumpió Overman—. En cambio sí debe serlo la de Chevorenko y todo lo referente a esa operación Telón-84. ¿Nos lo va a decir ahora, Chevorenko?

—¿Qué es eso de Telón-84? —preguntó Lucy Connors, interesadísima.

—Bueno —titubeó Chevorenko—. Sí, creo que debo decírselo, por si alguno de nosotros consigue escapar. La

C. I. A.

debe saber en qué consiste esa operación. Es... muy simple y terrible: en el año próximo, el 84, las Fuerzas del Pacto de Varsovia realizarán unas importantísimas maniobras..., que terminarán con la sorpresiva invasión relámpago, definitiva y *verídica* de Polonia, Checoslovaquia, Austria, Hungría, Rumanía, Yugoslavia, Albania, Bulgaria y posiblemente Grecia, de modo que el telón de acero quedará en los límites occidentales de las fronteras de esos países en el año mil novecientos ochenta y cuatro.

Lucy Connors había dejado de desatar a Cliff, y, como éste, contemplaba incrédula y aturdida al ruso Chevorenko. El primero en reaccionar fue Cliff, que masculló:

—No diga disparates, Chevorenko.

Éste miró a Cliff, frunció el ceño, y cerró la boca con un gesto de claro enfado, de hostilidad incluso. No insistió en absoluto. Lucy reaccionó, y continuó desatando las muñecas de Cliff, que continuaba mirando a Chevorenko como esperando que éste le dijera que todo era una broma. Como, evidentemente, esto no iba a ocurrir, finalmente Cliff preguntó:

—¿Y ese Voronov?

—Alexei Voronov —explicó rápidamente Lucy— es uno de los más eficaces y expeditivos agentes con que cuenta desde hace tiempo la K. G. B... Todos conocen su nombre, pero nadie conoce su rostro. Es un hombre cruel y frío, que no vacila en matar incluso cuando podría evitarlo... Hace tiempo que la

C. I. A.

le tiene ganas.

—No sabía eso.

—Lo sabrías si no vivieras como un ermitaño. El nombre de

Voronov está sonando mucho últimamente, sobre todo de un par de años a esta parte. Me sorprende que aunque vivas retirado no lo hayas oído mencionar. ¿Ni siquiera yo te lo mencioné en ninguna ocasión?

—Ni siquiera tú, de todos modos... ¿Qué pasa?

Lucy había dejado de desatarlo de pronto, para abalanzarse hacia la cama, en la quedó tendida de cualquier manera, como dormida... Para entonces, todavía Chevorenko no entendía nada, pero sí Cliff Overman, que oyó las pisadas fuera del cuarto y casi enseguida el movimiento del pomo de la puerta. Chevorenko miró entonces hacia allí, y, en el momento en que comprendía que Lucy Connors tenía un oído finísimo y que posiblemente intentaría algo tras simular que continuaba bajo los efectos del gas, la puerta se abría, y aparecían en primer lugar la bella Danielle Vernier. Detrás de ella entraron Kiev, Astrakán y Odesa, y los cuatro fueron a colocarse a los pies de la cama en la que, aparentemente dormida, yacía Lucy Connors.

—Vaya, ¿todavía estás dormida? —dijo muy sonriente Astrakán—. Pues no vamos a tener más remedio que despertarla como a Chevorenko, utilizando un antídoto de aceleración. Es que nos la vamos a tirar los tres, y así, dormida, no tendría gracia.

—No, no la tendría —dijo aviesamente Odesa.

—Ninguna gracia —aseguró Kiev.

—Llévalosla de aquí —dijo Danielle.

—Con mucho gusto —dijo Kiev, acercándose por un lado de la cama a Lucy—. No es que seamos muy remilgados, pero tampoco vamos a convertir el asunto en un espectáculo público, ¿verdad?

—Y llevaos también a Chevorenko y metedlo en cualquier otra habitación.

—Todo perfecto y bien estudiado —rió Astrakán.

Entre él y Odesa cargaron con la silla a la cual permanecía sólidamente atado Revaz Chevorenko. Kiev se cargó a Lucy en un hombro, como si ésta fuese un saco. Las extremidades de la espía americana colgaban como si realmente estuviese dormida profundamente.

En cuestión de segundos en el dormitorio quedaron solos Danielle y Cliff. Ella se acercó, sonrió, y de pronto se sentó en las rodillas de él, sin dejar de mirarle a los ojos. Cliff Overman,

simplemente, la miraba, sin expresión ni emoción alguna en su rostro.

—¿Os han dado carta blanca para jugar con nosotros? — preguntó de pronto, secamente.

—Más o menos, cariño.

—¿Dónde está Voronov?

—Ha tenido que ausentarse, pero volverá..., dentro de no menos de un par de horas, según parece. Y los muchachos y yo hemos decidido aprovechar esas dos horas de un modo... puramente personal.

—¿Adónde ha ido Voronov?

—¿Tengo que explicártelo, cariño?

—Me gustaría.

—Bien —suspiró Danielle—, ha ido a un lugar donde según parece podrán informarle con cierto detalle de las disposiciones que ya debe haber tomado la

C. I. A.

tras descubrir la ausencia de Chevorenko y de tu querida Lucy. Voronov tiene unos amigos que siempre están al corriente de los movimientos importantes de la

C. I. A.

en situaciones de emergencia. Una vez sepa qué movimientos están realizando los americanos, tomará una u otra decisión. Si es posible, vendrá con el helicóptero para, según el plan primitivo, llevarse a Chevorenko a Suiza, y de allí a Rusia. Si ese plan no es factible, vendrá de todos modos, os eliminará a los tres, y, cuando menos, habrá cumplido las órdenes iniciales respecto a Chevorenko, lo que en definitiva es lo que importa. Seguramente será esto último lo que tendrá que hacer..., y es lo mejor, pues así se ahorraría muchas explicaciones.

—Explicaciones... ¿respecto a qué?

—Si también tú y tu amiguita la caliente Lucy fueseis enviados a Rusia habría que explicar cuál ha sido vuestro papel en esta jugada.

Cliff Overman pareció desconcertado.

—¿Quieres decir —murmuró— que en Moscú no saben que yo estoy interviniendo en esto?

—Claro que no —rió quedamente Danielle, acercando su boca a la de Cliff—. ¡Eso fue idea de Voronov!

La boca femenina llegó a la masculina, se produjo el contacto, lento y blando. Danielle pasó un brazo por la nuca de Cliff, apretándolo más contra ella. No se oía nada en parte alguna. Nada. Ni siquiera gritos femeninos que podrían indicar la clase de apuro en el que se hallaba Lucy Connors.

Por fin, Cliff consiguió apartar su boca de la de Danielle, y preguntó:

—¿Y qué pretendía Voronov con esa idea?

—¿Qué había de pretender? ¡Que nosotros corriésemos los mínimos riesgos posibles! ¿No te das cuenta?: un agente de la C. I. A.

haciendo el trabajo que deberían hacer unos agentes de la K. G. B... ¡No me digas que no te parece genial!

—Por supuesto. Entonces. ¿Moscú no sabe nada de mí?

—Oh, vamos, no seas modesto. ¡Claro que saben quién eres!

—Me refiero a que no tienen ni idea de que estoy interviniendo en esto. Ellos siguen creyendo que me retiré, que sigo viviendo mi tranquila y solitaria vida, y eso es todo.

—Claro. Por eso, creo que lo que Voronov decidirá será eliminaros a todos y asunto terminado, a fin de cuentas, igual será un gran triunfo para él..., y para nosotros, pues constará que la labor la hemos realizado de principio a fin Kiev, Astrakán, Odesa y Kolomna. ¡Pero ya basta de tanto charlar! He venido aquí porque quiero... hacer una cosa contigo... ¡Y voy a hacerla, no tengo por qué privarme de ella!

—Espero que no sea nada malo —dijo irónicamente Cliff.

—Te gustará —susurró Danielle—. ¡Nos gustará a los dos!

—Supongo que no será nada sexual —siguió en su tono irónico Cliff Overman—. Si no recuerdo mal, además de frígida eres altiva. Dijiste que de ninguna manera corrías riesgos de esa clase conmigo, y que nada del sexo por el sexo, ¿recuerda?

—He cambiado de opinión. Esa caliente amiga tuya pareció pasarlo tan bien que me ha hecho pensar que quizá eres... especial, así que lo primero que voy a hacer es arrodillarme ante ti, y ya verás cómo te gusta lo que tengo pensado...

Danielle saltó de las rodillas de Cliff Overman, y se arrodilló ante éstas, mientras sus manos se dirigían hacia los pantalones del espía. Se quedó petrificada en este intento cuando, de pronto, la

mano derecha de Cliff Overman apareció, libre completamente, y velozmente la agarró por los cabellos, en una presa cruel y firmísima. Danielle respingó, y estaba tomando aire para gritar, cuando Overman susurró:

—Grita, y verás con qué facilidad te parto el cuello de un tirón de tus cabellos. ¿Quieres probarlo?

Danielle tenía la cabeza ladeada a la fuerza, sentía la fuerte tensión en sus cabellos y en un lado del cuello, ante ella veía el rostro de Cliff Overman, seco, anguloso, hostil. Quiso mover la cabeza, y no lo consiguió siquiera un milímetro.

—Te lo voy a poner muy fácil —susurró Cliff—: vuelve a sentarte en mis rodillas, pasa tus brazos a mi espalda, y termina de soltarme el otro brazo. Si no lo has hecho antes de medio minuto te romperé el cuello. Y no estoy fanfarroneando, cariño.

Lívida como un cadáver, Danielle se sentó de nuevo en las rodillas de Cliff, y procedió a cumplir sus instrucciones. Cuando tuvo ambos brazos libres, Cliff obligó a Danielle a arrodillarse de nuevo ante él y soltarle las piernas. Ya completamente libre, se puso en pie, siempre sujetando a la rubia por los cabellos.

—¿Adónde dices que ha ido Voronov? —preguntó sarcástico Cliff.

—A..., a ver unos amigos que...

—Claro que no, mujer. Voronov no ha ido a ninguna parte. ¿Y sabes por qué? Pues porque esta casa está vigilada hace ya horas, seguramente; digamos, desde el momento en que yo te oí marcar el número del teléfono, supe cuál era y lo apunté en un papel, en el hotel. Este lugar ha sido ya localizado, así que nadie podrá salir de él. Lo que significa que Alexei Voronov, el tipo listo, está aquí, no se ha movido.

—No... ¡Él se fue, se fue!

—Tal vez sea cierto... Tal vez le dejaron marchar en un coche, para seguirlo y ver qué hacía. Lo que significa que quizá en estos momentos están mis amigos a punto de localizar a los amigos de Voronov que saben tantas cosas. ¿No te parece una jugada maestra por mi parte?

—Me... me estás haciendo mucho daño... ¡Y mientras tanto, ellos están violando a tu querida Lucy!

—No te preocupes por Lucy —movió la cabeza Cliff Overman—.

Preocúpate por ti, cariño.

Con la otra mano, Cliff golpeó en la parte externa del cuello de Danielle que emitió un gemido y se relajó completamente. La dejó caer al suelo, y, sin más, salió de la habitación. Empujó la puerta de la contigua, vio a Chevorenko, que se quedó mirándolo como si fuese un aparecido, y sin dedicarle ni siquiera un segundo cruzó al ancho pasillo y empujó otra puerta.

Lucy Connors sí estaba allí.

Estaba tendida en la cama, completamente desnuda y despierta, a cada lado de la cama había un hombre, Odesa a la derecha y Astrakán a la izquierda, y ambos tan desnudos como la propia Lucy, y como Kiev, que tendido junto a ella la acariciaba e intentaba penetrarla mientras ella, riendo por lo bajo, parecía jugar con él, lo que evidentemente tenía ya más que fuera de sí a Kiev, que masculló:

—Ya basta..., de juegos... ¡Ahora, a por todo!

Se colocó sobre ella, que intentó rechazarlo una vez más, pero sin violencia, astrakán y Odesa se inclinaron para sujetar por los brazos a Lucy, a fin de que su compañero cumpliera por fin sus propósitos. Ninguno de los cuatro podía ver a Cliff Overman, pues Astrakán le ocultaba a las posibles miradas de Odesa y de Lucy, y, además, todos estaban tremendamente soliviantados con el juego..., al que, insospechadamente, la espía americana había dotado de gran interés al no resistirse, sino más bien colaborar en un juego que los estaba poniendo fuera de sí...

En el mismo momento en que Kiev, por fin, conseguía penetrar a Lucy, Cliff Overman dijo, caminando hacia las ropas de los tres hombres, sobre las cuales se veían sus armas:

—Ya estoy libre.

Su voz causó la consiguiente sorpresa y sobresalto en Astrakán, Odesa y Kiev. Los primeros se irguieron vivamente, soltando los brazos de Lucy. Kiev, que había empezado a bramar, se separó a toda prisa de la muchacha, se colocó de rodillas entre las piernas de ésta, y no tuvo tiempo de nada más en esta vida.

El golpe propinado por la mano derecha extendida de Lucy Connors le acertó en la sien izquierda con un impacto tremendo, que lo lanzó fuera de la cama como si fuese un muñeco, girando, cayendo de cabeza primero, rebotando sonoramente, y quedando

finalmente tendido boca arriba, como estupefacto, mirando el techo por entre rápidos parpadeos.

Era una escena como irreal.

Astrakán y Odesa comprendieron lo que pretendía Overman, y se abalanzaron hacia sus ropas, convergiendo forzosamente en el camino que seguía Clifford. Éste, simplemente, giró las caderas y alzó la pierna derecha, alcanzando a Odesa entre las ingles con un patadón tremendo que lo alzó arrancándole un berrido, astrakán no salió mejor librado: cuando ya creía que iba a esquivar a Overman éste alargó un brazo, le asió por un codo, siempre sin inmutarse, y le hizo girar, astrakán lanzó un grito de rabia, cerró el puño libre..., y recibió en pleno estómago un puñetazo escalofriante que lo dejó como súbitamente disecado, inmóvil, los ojos casi fuera de las órbitas.

Cliff Overman llegó adonde las ropas y las armas, se apoderó de éstas, y tiró una de las pistolas hacia la cama, donde Lucy Connors la cazó al vuelo.

—Supongo que estás bien —dijo Clifford.

—Regular —sonrió Lucy—. Yo diría que has llegado justo a tiempo.

Overman asintió, se acercó a Kiev, que comenzaba a ponerse en pie como si se hallase en la cubierta de un barco en alta mar, y, sin mirarlo apenas, lo abatió de un espantoso punterazo en los testículos.

—Vístete y ayúdame a atar a esta gente. Son los espías más torpes que he conocido en mi vida. Y de baja estofa.

—Sí —dijo Lucy, saltando de la cama—. Parecen muñecos mal manejados, ¿verdad? Hasta se podía pensar que ni adrede lo harían peor. ¿Qué ha pasado con Danielle?

—Voy a traerla.

Cliff abandonó el dormitorio, regresando a los pocos segundos cargado con la desvanecida Danielle, que dejó caer al suelo de cualquier manera. Cinco minutos más tarde, Kolomna, Kiev, Astrakán y Odesa estaban atados de pies y manos y amordazados.

—No es que quiera dárme las de listo —dijo Cliff—, ni de guapo, ni de valiente, pero me parece que no eligieron muy bien la gente que debía molestar al tigre, a propósito, la señal que vi en el chalet antes de disparar el gas indicaba que mi madre ya estaba a salvo,

¿no es así?

—Sí. Llamaron desde Estados Unidos. Todo está bien allí.

—En cambio, aquí no me gusta nada cómo están las cosas. Se supone que a raíz de mi informe respecto al teléfono al que había llamado Danielle el lugar habría sido localizado, y puesto que el lugar es éste, la

C. I. A.

debía estar aquí. Y no está.

—Sí que está. Lo que ocurre es que si vieron salir a Voronov prefirieron seguirlo en lugar de detenerlo, de momento. O sea, que con un poco de suerte no sólo detendrán a Voronov, sino a los amigos a los que haya ido a pedir información y el helicóptero...

—¡Nos estamos olvidando de Chevorenko! —exclamó Cliff, dándose una palmada en la frente.

CAPÍTULO VIII

Revaz Chevorenko, que mientras era desatado fue puesto al corriente de la situación, exclamó por fin:

—¡Es una lástima que precisamente Voronov haya escapado!

—No creo que haya escapado —dijo Lucy—: debe tener a mis compañeros tras los talones desde que salió de esta casa, ya que la C. I. A.

la tenía rodeada desde que Cliff nos facilitó el número del teléfono y lo localizamos, así que tranquilícese: Voronov salió de la casa, sí, pero lo han cazado o van a cazarlo pronto, cuando sea conveniente...

En aquel instante llegó hasta ellos el amortiguado chasquido de un disparo, y enseguida varios más, en rápida sucesión.

—¡Eso ha sido fuera! —exclamó Lucy.

—Quizá Voronov haya regresado y le hayan dado el alto por fin —dijo Cliff—. Quédate aquí con Chevorenko, yo iré a ver qué ha pasado.

—Ten cuidado —le miró fijamente Lucy—. Si Voronov ha regresado con varios amigos y...

—Todavía sé defenderme —gruñó Cliff—, y al menos cuando no me están amenazando con cortarle el cuello a mi madre, sí me resisto.

Pero no tuvo necesidad de defenderse, porque, en efecto, quienes habían disparado eran los agentes de la C. I. A.

que estaban vigilando la granja a la espera de acontecimientos definitivos. Uno de ellos, que conocía perfectamente a Cliff Overman, le explicó lo sucedido:

—Vimos antes a uno, marcharse con el coche, y tres de los

nuestros le siguieron. Pero este otro salió corriendo, y nos pareció que estaba demasiado nervioso para resultarnos útil, de modo que le dimos el alto. Llevaba la pistola en la mano, y comenzó a disparar. Casi nos sorprendió, porque utilizaba silenciador... Venga a verlo.

Lo llevaron hacia donde yacía el cadáver acribillado de un hombre, al que Cliff identificó en el acto: era Jean. No lo entendía. ¿Por qué Jean no se había marchado con Voronov? Señaló a Jean.

—Se llama Jean, no sé más —dijo—. El otro, el que están siguiendo, es un tal Alexei Voronov.

Hubo algunos silbiditos, y Overman frunció el ceño.

—Si Voronov está metido en esto vamos a tener trabajo de veras —dijo uno de los agentes—. ¡Es un pájaro de cuidado!

—¿Quién dirige su rastreo? —Gruñó Cliff.

—Granger.

—¿Bob Granger? Bueno, menos mal: haría falta media docena de Voronov para despistar a un viejo zorro como Bob. Sólo una cosa me preocupa: que le deje volver aquí con el helicóptero.

—Nosotros también tenemos un par de helicópteros disponibles, por si hay que...

—¡Cliff! —Sonó de pronto la voz de Lucy en la puerta de la casa—. ¡Cliff, ven corre!

Overman echó a correr hacia la casa, seguido por un par de agentes de la C. I. A... Lucy le agarró de la mano, y lo llevó rápidamente, sin más explicaciones, hasta la habitación donde habían dejado atados de pies y manos y amordazados a Danielle Vernier y sus tres amigos Kiev, Astrakán y Odesa, al ver a los cuatro, Cliff Overman palideció. Era un veterano curtido, hasta el exceso, lo que había originado su retirada, pero al ver aquello no pudo evitar la impresión.

—Dios —jadeó—. ¡Esto es criminal!

Danielle Vernier, alias Kolomna, y cuyo verdadero nombre ruso no sabría jamás, tenía en el rostro un escalofriante gesto de dolor y de asombro, y sus ojos expresaban el último terror antes de recibir dos balazos en pleno corazón. Con diferentes expresiones y posturas, Kiev, Odesa y Astrakán también habían sido sorprendidos por la Muerte. Los cuatro habían sido asesinados a balazos. En un lado de aquel dormitorio, Revaz Chevorenko contemplaba

sombríamente la sangrienta escena.

Por fin, Cliff se pasó la lengua por los labios, y murmuró:

—Esto ha tenido que hacerlo Jean. No sabíamos que estaba en la casa, pero él supo que nos habíamos apoderado de la situación, y se escondió. Luego, comprendiendo que nosotros dos, ya armados, éramos un hueso demasiado duro de roer, eliminó a estos cuatro infelices y se dio a la fuga, creyendo que con su acto criminal cortaba toda pista hacia él y Voronov.

—Seguramente tenía órdenes de Voronov en ese sentido —murmuró Lucy—. ¡Ese Voronov debe tener previstas todas las contingencias!

—Todas, no —dijo secamente Cliff, mirando a uno de la C. I. A.

—. Supongo que podemos comunicarnos con Bob Granger.

—Naturalmente. Llevamos radio en los coches.

—Quiero hablar con Granger.

—Sí, de acuerdo, pero lo primero que deberíamos hacer es llevarnos de aquí a Chevorenko. Dadas las circunstancias...

—Escuchen, amiguitas ex compañeros —masculló Cliff Overman—, yo he estado jugándome el pellejo colaborando con ustedes, y mi madre pudo salir muy mal librada sólo porque su hijo fue de la C. I. A.,

¿de acuerdo? Todo lo que les pido ahora es que me cedan la iniciativa por cinco minutos. ¿Eso es mucho pedir? ¿O creen que ya no sabría desenvolverme?

Dos de los espías más jóvenes desviaron la mirada. El de más edad miró a Lucy, y por fin asintió.

—De acuerdo, Overman. Yo mismo le pondré en contacto con Bob.

Salieron los dos de la casa. Lucy y Chevorenko pasaron a la sala, donde permanecieron prácticamente en silencio y fumando a la espera de los últimos acontecimientos..., que se demoraron casi quince minutos. Fue entonces cuando Cliff Overman regresó a la casa, relucientes los ojos, y, sin más preámbulos dijo, mirando a Lucy:

—Bob ha cazado a Voronov. Le han herido en el hombro y en las dos piernas, así que lo han llevado a una clínica de Nevers: el gran contrincante ruso ha quedado hecho una piltrafa, y lo tenemos a

nuestra disposición. Creo que lo mejor será que tú y Chevorenko vayáis a París en uno de los helicópteros, y yo iré a Nevers a ver si consigo una... entrevista amable con Voronov. ¡Le voy a enseñar a sacar al tigre de su madriguera!

—¿No deberías dejarnos todo esto a nosotros? —preguntó Lucy.

—Sólo quiero echar una parrafada con Voronov respecto a su jugadita de utilizarme como si en lugar de un viejo tigre fuese un pequeño gatito. Nos veremos en París, ¿de acuerdo?

—Está bien.

—Dos de nosotros nos vamos con Overman —dijo el espía de más edad.

Lucy asintió. Cliff se acercó a ella, la abrazó por la cintura, y señaló con la barbilla hacia el exterior.

—Acompañame. No me gustan las escenas de amor delante de mirones.

Lucy salió con él. Revaz Chevorenko los miró inexpresivamente, y continuó sumido en sus meditaciones, al poco, oyó el rumor de un helicóptero. Segundos después Lucy entraba en la sala.

—Tenemos otro helicóptero a nuestra disposición, Chevorenko —dijo amablemente—. Stamp ha llamado por la radio a París, y nos están esperando. Ya no volvemos al chalet, desde luego. ¿Nos vamos?

Salieron de la granja. Un minuto más tarde, la señorita Connors y el ruso Chevorenko despegaban, la espía americana a los mandos del helicóptero, que había accionado tras dejar en el salpicadero la pistola que había estado conservando.

—En menos de una hora estaremos en París —dijo Lucy—. Este aparato tiene una velocidad de...

—Se equivoca —dijo Chevorenko, sacando rápidamente la pistola del salpicadero y apuntando con ella a Lucy—. No vamos hacia París, sino hacia Suiza. Vuele directamente hacia Lausanne.

—Supongo —murmuró Lucy— que esto tiene alguna explicación.

—¡Ya lo creo que la tiene! Ustedes han capturado a Voronov, así que tarde o temprano le sacarán la verdad, de modo que no tiene objeto que yo siga con ustedes. ¡Hemos estado sacrificando personal para nada!

—Me parece que no comprendo.

—Voronov es quien lo ha dirigido todo desde el primer momento, de modo que pareciese que Rusia quería liquidarme a toda costa. Para ello, escogió deliberadamente un equipo de colaboradores de tercera categoría, incluidos los hombres que fueron enviados a Estados Unidos a amenazar a la madre de Overman. Estaba previsto que todos ellos fuesen eliminados, o bien por la

C. I. A.

o directamente por Overman.

—Y al no matar Cliff a Danielle y los otros lo ha hecho Jean, por orden de Voronov, que finalmente se habría cargado incluso a Jean, ¿no es así?

—Cuantos más muertos de nuestro bando, más convincente. Y para mayor convicción, Voronov, que tenía noticias del paradero de Clifford Overman, decidió involucrar a éste en el asunto de tal modo que la

C. I. A.

nunca dudaría que la K. G. B, había intentado eliminarme para que no hablase, o, si ya lo había hecho, como lógico castigo.

—Pero usted, claro, no debía morir, sólo esos desdichados que ni siquiera sabían de verdad cómo los estaban manejando. Ellos sí, usted no.

—¡Claro que yo no! ¡Y ese idiota de Voronov jamás debió cometer el error de dejarse cazar! Por su culpa todo se ha venido abajo: ustedes le torturarán hasta que diga toda la verdad sobre Telón-84.

—¿No es la verdad lo que usted nos contó?

—¡Claro que no! ¿Realmente cree que Rusia se atrevería a invadir todos los países que mencioné? Bueno, tal vez más adelante, pero no por ahora. Por ahora sólo se trataba de un... experimento logístico y psicológico: Moscú quería saber cómo reaccionaría Europa ante la noticia de la primera invasión del continente por parte de Rusia, tanto a nivel estatal como a nivel de masas humanas. Y sobre todo, lo más importante, quería saber cómo iba a reaccionar militarmente la

O. T. A.

N, y el propio Estados Unidos privadamente, qué material dispondría y en qué cantidad, qué personal movilizaría, qué

medidas tomaría en todos los órdenes y en todos los frentes. Como ve, es una provocación de tipo logístico, encaminada a obtener información de primera mano para un futuro no muy lejano en que se ponga en marcha otra operación Telón.

—Y además, claro —dijo Lucy—, usted quedaría incrustado como... colaborador en los sistemas estratégicos de Estados Unidos o de la

O. T. A. N.,

y dentro de un tiempo iniciaría su ciclo de informaciones secretas a Moscú.

—Así es. ¡Y todo lo ha estropeado Voronov al dejarse cazar!

—En realidad no ha sido así —dijo Lucy—, ya que no tenemos a Voronov. Todavía lo están siguiendo, para que delate a sus amigos, que supongo que también forman parte de los sacrificados, y luego le dejarán volver a la granja con el helicóptero pero, aparentemente para recogerlo a usted, pero todo será un simulacro. Llegará, esperará una señal que no se producirá, y entonces escapará con el helicóptero, lo cual no podría sorprender a la

C. I. A.,

que se tendría que conformar con conservarle a usted..., y su preciosa información que ya jamás podrá radiar ni televisar, así que usted se quedaría finalmente con nosotros, los rusos habrían perdido varios agentes y Voronov habría conseguido escapar..., y la C. I. A.

engañada y contenta. Pero, Chevorenko, hay una cosa que no ha estado acertada en ningún momento.

—¿Cuál? —preguntó el ruso, que había palidecido.

—No tenía sentido enviar unas cuantas ratas a molestar a un tigre, así pues, debía ser por algo concreto..., y eso pensó el tigre. Por eso no tuvo reparos en pedir que, ante todo y por si acaso, liberasen a su madre, convencido de que los tipos de allá serían fáciles de engañar, como así fue. Esto lo confirmaba todo, así que... ¿dónde estaba la trampa, la jugada oculta? Pues, nos pusimos a analizar los dos este asunto, y llegamos a la misma conclusión: usted era la pieza clave. Usted, que jugando al ajedrez era mucho más taimado, astuto y calculador de lo que parecía en la vida real. Y eso no, Chevorenko: dime cómo juegas al ajedrez y te diré cómo eres.

—Usted ya no hará nada en la vida, porque la voy a matar y...

—Eso será con permiso de Cliff, claro.

—Él no está aquí, de modo que aunque más adelante...

—Se equivoca, Chevorenko —sonó tras éste la voz de Overman —: no sólo estoy aquí, sino que...

Chevorenko lanzó una maldición, disparó contra el rostro de Lucy y se volvió enseguida apretando el gatillo de nuevo mientras buscaba con la mirada a Overman en la parte de atrás del helicóptero... Sólo cuando Cliff se dejó ver y le puso la punta de la pistola en la frente, Chevorenko comprendió que la pistola que le había «quitado» a Lucy Connors estaba descargada.

—... Sino que mi pistola está cargada y la suya no —terminó Cliff Overman—, de modo que pórtese como un buen muchacho o le saltaré la tapa de sus inteligentes sesos. ¿De acuerdo? Mejor para usted, que se va a pasar los próximos veinte años encerrado en una celda y contestando preguntas. En cuanto a Alexei Voronov..., ah, ése es otra cosa. Cariño: ¿quieres regresar a la granja, por favor?

—Cómo no, amor mío —dijo melosamente Lucy Connors.

* * *

El plan era perfecto, no podía fallar. El llegaría a la granja a bordo del helicóptero, aterrizaría a unos cincuenta metros de la casa, y haría unas señales con las luces. Como, naturalmente, nadie las contestaría adecuadamente, nadie podría sorprenderse de que escapase de cualquier manera, aunque fuese dejando a Chevorenko en manos de los americanos..., que a fin de cuentas era de lo que se trataba.

Lo único que tenía un tanto preocupado a Alexei Voronov era dejar vivo tras él nada menos que a Cliff Overman, pero en realidad también estaba resuelto: dentro de un par de semanas, cuando ya todo estuviese en calma y Overman hubiera vuelto a su cubil, él se daría una vuelta por allí y lo asesinaría, tal como había hecho con otros. No, no tenía por qué preocuparse.

Ni tenía que preocuparse aunque le disparasen al helicóptero cuando emprendiese la fuga, pues llevaba blindaje en los puntos vulnerables. Escaparía, simplemente. Y allá estaba la granja, seguramente llena de agentes de la C. I. A, agazapados, como los

que le habían estado siguiendo...

Casi riendo, Alexei Voronov aterrizó en la oscurísima zona a casi sesenta metros de la casa, que los astutos americanos mantenían tan discretamente iluminada como él antes. Sin dejar de hacer girar las aspas, Voronov hizo unas señales de luz hacia la casa, mientras se disponía a elevarse de nuevo, ya que, naturalmente, nadie contestaría al menos como se suponía, en clave, a sus ráfagas de luz...

La portezuela derecha del helicóptero fue descorrida enérgicamente y de un solo tirón, y Voronov, respingando, volvió la cabeza hacia allí. Lo primero que vio fue el resplandor de los ojos del tigre. Enseguida, por debajo de éstos, el brillo de la pistola automática. Inmediatamente, Voronov comprendió que Cliff Overman no sólo le había estado esperando tendido en el suelo en la zona oscura, sino que lo había comprendido todo, y que lo estaba controlando y dominando todo..., incluso a él mismo, al gran Alexei Voronov, ¡al astutísimo Voronov!

—Maldito perro... —jadeó Voronov.

Metió la mano bajo el grueso chaquetón, en busca de la pistola. Se sorprendió cuando consiguió tocarla, empuñarla, sacarla... Incluso llegó a creer realmente que podría adelantarse a Cliff Overman en el disparo, a pesar de que el americano ya tenía su arma empuñada.

Entonces fue cuando disparó Cliff Overman, y la bala blindada partió el corazón de su enemigo y lo tiró como un guñapo contra la portezuela del otro lado, donde rebotó para caer retorcido ante los mandos.

—Tigre —dijo tranquilamente Overman—. Tigre, no perro.

ESTE ES EL FINAL

El perro era viejo, viejísimo, a veces, la señora Overman tenía la sensación de que el pobre y querido *Marvin* se había convertido en cartón piedra, siempre en su cesta junto al fuego. ¡Qué viejo, qué viejísimo era ya el pobre *Marvin*...!

Pero, evidentemente, todavía tenía buen oído, y, posiblemente, mejor olfato, porque de pronto su cabeza se alzó, sus ojos parecieron cobrar inusitado brillo, y su pelada cola se alzó y comenzó a moverse, acto seguido, incluso lanzó un ladrido, y luego comenzó a salir de la cesta.

La señora Overman corría ya hacia la puerta, porque sabía, antes que sonara el timbre de ésta, que su hijito Clifford acababa de llegar. Y así era. En el momento en que abría la puerta, Cliff Overman pulsaba el timbre. Miró con sorpresa a su madre, sonrió como seguramente recordaba la señora Overman que solía sonreír muchos años atrás, y, sin más, la abrazó. Los Overman no eran adictos a los grandes aspavientos.

Luego, Cliff señaló a la hermosa muchacha que, junto a él, contemplaba con risueña curiosidad a su madre.

—Ella es Lucy —dijo—. Lucy Connors. Es agente de la C. I. A.,

pero espero convencerla muy pronto de que se dedique a otras cosas. Mientras tanto, los dos hemos decidido dejar de hacer el tonto viviendo uno en el sur de Francia y el otro en París, de modo que viviremos juntos. Es una chica inteligente, equilibrada generalmente, pero apasionada en el amor, y sabe jugarse el tipo cuando es necesario. Lucy: mi madre.

—¿Cómo está señora Overman? —soltó una carcajada la espía.

—Oh, muy bien, hijita, muy bien. Me llevé un buen susto con

todo aquello, pero sabía que Clifford lo arreglaría de un modo u otro... Oh, veo que estás más interesada por *Marvin* que por mis palabras...

—Disculpe —murmuró Lucy—. Es que... me da pena ver a ese viejo perro casi arrastrándose por venir hasta aquí. ¡Lo tomaré en brazos...!

—De ninguna manera —gruñó Cliff—. Ese perro ha venido a recibirme a la puerta durante toda su vida, aunque haya estado meses o años fuera, y nadie va a quitarle ese privilegio. Inténtalo, y verás que mordisco te atiza. Y eso es porque él sabe que si a un hombre y a un perro les quitan la dignidad no les queda nada, así que, en los días que le queden de vida, que pasará a su lado, *Marvin* hará lo que él pueda hacer, y nada más.

—No tienes por qué enfadarte conmigo —sonrió Lucy.

—No me enfado —sonrió a su vez Cliff—, anda, acuclíllate a mi lado y llámalo. ¡Verás qué contento se pone y cómo acelera la marcha!

—*Marvin* —llamó Lucy—. ¡Ven, viejo *Marvin*, ven!

—¡Animo, *Marvin*! —exhortó Clifford.

Marvin soltó un alegre ladrido, y continuó caminando temblorosamente hacia su amo y amigo, moviendo la cola. Ya hacía muchos años que sabía que valía la pena conservar el cariño de Clifford Overman.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...